

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 15. — N° 176.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Los ferro-carriles en el interior de las ciudades; grabado. — La Ciudad para todos. — Revista de Paris. — El general francés Larchey; grabados. — La Nueva Caledonia; grabados. — Valeriano. — Fiesta en el Hotel-de-Ville; grabado. — Recepción del señor general Niel por el effendi de Baga; grabado. — Exploración del río de las Amazonas. — Exposición Universal de la Industria. — Establecimiento termal de Vernet-los-Baños; grabados. — La mujer. — La moralidad. — Revista de la moda. — La iglesia de Nuestra Señora del Buen Socorro cerca de Ruan; grabados.

Los ferro-carriles en el interior de las ciudades.

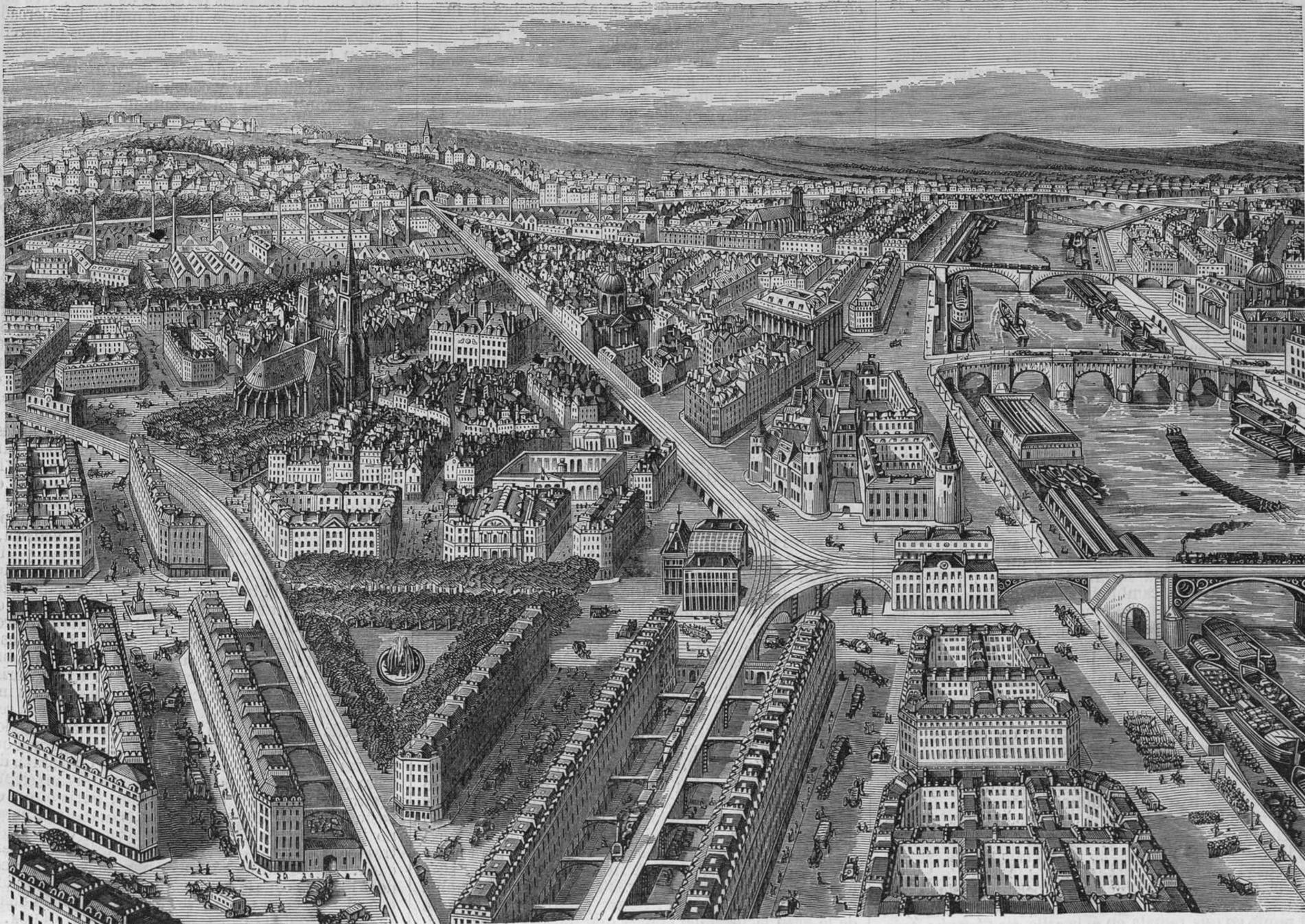
M. Telle ha publicado á principios del año último un folleto con planos, donde enumera los recursos que ofrecería un sistema de ferro-carriles en el interior de Paris, y explica como, á beneficio de ciertas combinaciones de construcción, se podrían establecer las vías férreas aun en los barrios mas populosos, sin necesidad de abrir subterráneos. La circulación no habría de interrumpirse, ningun peligro correrían los habitantes, y podrían distribuirse en cada casa las mercancías y los viajeros.

Este proyecto, como todo proyecto importante y nue-

vo á la vez halló muchos incrédulos; pero al propio tiempo hombres serios y capaces han examinado y estudiado con atención los medios propuestos, concluyendo por admitirlos como perfectamente practicables.

Hé aquí como M. Telle expone y desarrolla su programa:

- « 1° Desahogo de las calles de la capital (Paris) ó cualquiera otra ciudad importante; — 2° Disminución del precio de los transportes y del precio de los alquileres; — 3° Sana disposición de los barrios populosos; — 4° Regularización de las casas particulares; — 5° Ensanche de Paris ó de cualquiera otra ciudad grande; — 6° Economía de tiempo; facilidad de relaciones. »



Proyecto de ferro-carriles en el interior de las ciudades.

Los medios de ejecución son muy sencillos; consisten en crear un enlazamiento de ferro-carriles, ó una sola línea en el interior de los grandes centros de población, como París verbigracia, que no entorpecerian la circulación de los transeúntes, de los coches, etc., por los caminos establecidos ya al nivel de la tierra. M. Telle al hablar de la ejecución se explica en estos términos:

« Principiamos por practicar una zanja en los barrios donde se ha reconocido la necesidad de un camino de hierro. Esta zanja puede ser mas ó menos ancha. — Nuestro camino de hierro se halla establecido en medio de ella, ya aisladamente ya entre dos hileras de construcciones con las que comunica; estas construcciones colocadas á la derecha y á la izquierda del camino de hierro tienen su entrada principal por dos calles, que se encuentran laterales al ferro-carril para los viajeros y las mercancías. La vía férrea interior se halla unas veces al nivel del suelo, otras debajo, pero con mas frecuencia encima y á la altura de un piso principal. El camino de hierro se eleva entonces sobre unos arcos en forma de viaducto. Cuando nuestra vía férrea se halla atravesada por calles, muelles, baluartes, canales, ríos ó caminos de hierro, se encuentra siempre colocada debajo del suelo ó encima, y esto de tal manera que en ningún caso pueda entorpecer la circulación. — Si nos hallamos sobre el suelo establecemos sobre el espacio ortado por un paso cualquiera un puente construido ya sobre arcos, ya de otra manera, y por consiguiente nuestra vía férrea no se halla nunca entorpecida. — Nuestro camino de hierro tiene por lo menos dos vías, y si el caso lo exige, se pueden establecer tambien dos caminos sobrepuestos, uno para los viajeros, otro para las mercancías. — Los edificios construidos á la derecha y á la izquierda del camino de hierro interior, y que llamaremos *casas férreas*, son propiedad del concesionario que los vende, los alquila ó los conserva. »

M. Telle ha comprendido perfectamente la dificultad y los gastos que ocasionan las zanjas anchas en el centro de las ciudades populosas, y por esto ha combinado sus planes del modo que se pueda colocar una doble vía mediante una zanja de 8 á 100 metros.

Nuestro dibujo ofrece en primer término á la derecha una doble vía á la altura de un piso principal entre dos cuerpos de edificios y dos calles laterales; esta combinación exige 64 metros de anchura.

Á la izquierda y en el mismo término se halla una doble vía, pero con una sola hilera de construcciones y una calle lateral; este proyecto exige una anchura de 34 metros.

Mas arriba se ve otra doble vía que se une con las que hemos descrito; esta no hace mas que atravesar manzanas de casas y solo exige 8 metros.

En lontananza se ven los ferro-carriles que rodean la ciudad para distribuir las mercancías y los viajeros por las fábricas, los depósitos, etc. Pueden tener, pues, la anchura que se quiera.

Todas estas vías férreas se encuentran independientes de los caminos ordinarios, las calles, los baluartes, los muelles, etc., de modo que se puede circular á gran velocidad, sin que nada tengan que temer los habitantes.

A. D.

La Ciudad para todos.

El lector recordará que este es el nombre simbólico con que en un artículo recién publicado en el *Correo* decía yo que pudiera muy bien designarse á París. En efecto, creo que es el que mejor caracteriza á esta ciudad, necesariamente simpática á todos los que la conocen bien. En aquel artículo no hice mas que apuntar al correr de la pluma algunas de las causas en que se funda, á mi juicio, ese carácter de *universalidad* que atribuí á París y que constituye su superioridad indisputable sobre todas las ciudades del mundo; voy ahora á desarrollar esta misma idea con algunos pormenores.

Por ejemplo, decía yo que en París se encuentran todas las épocas históricas representadas y como *vivas* en hermosos monumentos; — grande atractivo para el artista, para el arqueólogo, para el historiador, para el poeta, para todos los hombres de imaginación; en una palabra, para una infinidad de personas. Verdad es que otras muchas se rien de lo que ellas llaman desdeñosamente esas antiguallas y no andarian diez pasos por ir á verlas; pero tambien para estas gentes *positivas*, como ellas mismas se denominan, tiene París sus especiales encantos. Barrios enteros encontrarán aquí, construidos de ayer con la fría regularidad de un tablero de damas, que no ofrecen á la imaginación ni un solo recuerdo, pero que en cambio tienen el mérito positivo de presentar reunidos todos los adelantos del moderno *confort*. Tambien esto tiene su valor; sin embargo estoy por la opinión de los que miran como uno de los mayores atractivos de París la multitud de recuerdos históricos que á cada paso brotan por decirlo así de cada una de las viejas piedras de sus venerables edificios antiguos.

Vamos á pasar revista á algunos de esos edificios acompañados de sus recuerdos, como el cuerpo de su sombra. A veces no son los edificios los que hablan mas aquí á la imaginación, sino los *sibios* en que han pasado grandes cosas. Recorramos tambien algunos.

La isla llamada *la Cité*, cuna del actual París y que fué algun día París entero, está poblada de recuerdos poéticos de la antigüedad romana, de las invasiones bárbaras y de la edad media. Entre estos últimos, campea sobre todos el de los trágicos amores de Abelardo y Eloisa. En el muelle hoy llamado de Napoleón (quai Napoleón), en el punto en que remata en él la calle *des Chantres*, exis-

te todavía, (yo la he visto, ayer mismo), una casa de regular apariencia, señalada con los números 9 y 11. allí vivieron aquellos dos célebres amantes. Al pié de aquellas ventanas acudian en tropel las turbas de estudiantes á entonar los cánticos de amor compuestos por el enamorado filósofo en honor de su Eloisa. Todo el pueblo la conocía, todos estaban en el secreto de aquellos amores, que tan venturosa la hacían y de que estaba ella tan ufána, porque todos repetían los dulces versos de su querido. En un cuarto de aquella casa satisfizo el canónigo Fulberto su atroz venganza: una inscripción en letras de oro esculpida en una lápida de mármol blanco recuerda en estos términos el nombre de aquellos ilustres amantes:

ANTIGUA HABITACION DE ELOISA Y ABELARDO

1.118.

REEDIFICADA EN 1849.

Encima de las dos puertas que dan á la calle, dos medallones de piedra representan el uno á Eloisa, el otro á Abelardo, ambos de perfil y mirándose cara á cara como si todavía quisieran decirse su amor, — como si su amor debiese durar en el mundo tanto como la fama de sus nombres.

El *Palacio de Justicia* y la *Santa Capilla*, precioso monumento de la mas pura arquitectura gótica, son inseparables de la memoria de San Luis, aquel gran rey de quien dice una de las mas malignas redondillas popularizadas en España por el espíritu de partido durante la guerra de la Independencia:

- « San Luis, rey de Francia, es
- » El que con Dios pudo tanto,
- » Que para que fuese santo
- » Le dispensó el ser francés. »

Graciosa pero muy injusta invectiva contra una nación que ha producido tantos y tan gloriosos santos como la que mas. Una curiosa anécdota va unida á la llamada *Torre del Reloj* que forma la esquina del Palacio sobre el mercado de las flores. — En el año 1370, Carlos V llamado el *Victorioso* gracias al famoso Dugueschin ó Bertrán Claquin, como le llaman nuestras historias, hizo construir el primer reloj de pared conocido en Francia, obra del ingeniero mecánico alemán Enrique de Vic. El rey le dió habitación en la torre misma del Palacio de Justicia en que debia construir el reloj y que es la misma que aun lleva este nombre, y al cabo de poco tiempo, con universal asombro de los parisienses, la desconocida máquina empezó á dar las horas, las medias y los cuartos y á apuntar los minutos en el cuadrante, maravilla que duró unos veinte años.

Sucedió empero una mañana del mes de junio que el reloj amaneció mudo. Era ya muy entrado el día, el tiempo habia caminado segun costumbre y el reloj no daba hora ninguna: el minutero permanecía clavado en un punto. ¿Qué maleficio habia caído sobre la maravillosa máquina? El vulgo alborotado con aquella novedad agota en sus hablillas todas las conjeturas imaginables y forma un gran tumulto al pié de la silenciosa torre, cuando acierta á pasar por allí, gravemente montado en su mula y dirigiéndose al Consejo del rey el señor de Orgemont, canceller de Francia. Informase el magnate de la causa que así trae al buen popular de París arremolinado é inquieto, y noticioso de lo que pasa, manda abrir las puertas de la torre, en la cual penetra acompañado de su escolta, no sin recelo de alguna emboscada del demonio. Llegan al cuarto del relojero y le encuentran muerto, tendido en el suelo, los ojos inmóviles, vuelta la cara hácia la portentosa máquina, inmóvil y muerta como él. La llave con la que la habia dado cuerda el día ántes, estaba todavía entre sus dedos crispados; sin duda que momentos ántes de morir habia querido revisar su obra, admirarla, añadirle tal vez alguna nueva mejora. La vida del artífice y el movimiento del reloj habian cesado en un mismo punto, como si á ambos los sustentara y dirigiese una misma alma.

Cuando dos siglos despues, en 1585, se sustituyó á la informe máquina del alemán Enrique de Vic otra algo ménos imperfecta, un poeta jurista tuvo la feliz idea de estampar encima de ella este dístico que todavía se conserva como una saludable lección de justicia fundada en la exacta division del tiempo:

*Machina que bis sex tam juste dividit horas
Justitiam servare monet legesque tueri.*

A pocos pasos de esta torre, sobre el muelle, se halla la llamada de la *Conciergerie*, donde todavía se conserva la estancia á que fué trasladada desde la prision del Temple, la desgraciada reina María Antoneta. En la misma estuvo preso algun tiempo el actual emperador de los franceses, durante el reinado de Luis Felipe.

En los barrios antiguos de París apénas puede darse un paso sin tropezar con algun sitio consagrado por la memoria de algun hecho célebre: esta ciudad ha metido siempre tanto ruido en el mundo que su crónica particular es, algo mas ó algo ménos, conocida de toda persona medianamente instruida. Los franceses en fuerza de su actividad y de su fecundidad inauditas, han logrado que las cosas de su país sean mas conocidas en España, por ejemplo, que las nuestras propias: — creo que lo mismo ha de suceder en todos los países. A sus novelistas debe principalmente la Francia el privilegio de su asombrosa popularidad en el mundo. Pocos extranjeros habra en París bastante ignorantes para pasar por la calle de la *Ferroumerie* sin buscar en ella el sitio en que el puñal de Ravallac traspasó el noble corazón de Enrique IV; pocos pasarán por delante de la gran fachada del Louvre que mira al río sin bus-

car la ventana maldita, fácil de reconocer por su restauración reciente, desde donde Carlos IX dió la señal de la matanza de los desprevenidos hugonotes en la horrible noche de la *Saint-Barthelemy*.

Pocas veces he pasado por la calle de *l'Ancienne Comedie* sin entrar un momento en el famoso *café Procope* y sentarme á la mesa en que todas las tardes tomaba Voltaire lo que él llamaba un *veneno lento*, — muy lento, tan lento, que hacia ochenta años, decia, que lo estaba tomando y todavía no habia empezado á sentir sus efectos mortales: aquel veneno era el café. Allí se reunía la flor de los *beaux-esprits* de su época: aquel era el cuartel general de los enciclopedistas. Bajando hácia la calle *Dauphine*, cruzando el Puente Nuevo y penetrando en la calle de *Fossés-Saint-Germain*, se encuentra en el callejón de *Sourd's* la casa en que exhaló el último suspiro la hermosa Gabriela d'Estrees el ídolo de Enrique IV... y de tantos otros ántes que él.

En la plaza *Dauphine* el fanatismo y mas aun la rapacidad de Felipe el Hermoso levantó la hoguera del gran maestro Santiago Molay y desus valerosos Templarios.

El nombre de la calle de la *Jusienne* (corrupción de *l'Egyptienne*, la Egipcia ó Gitana) recuerda una antigua leyenda que sin duda inspiró á Victor Hugo su deliciosa creación de la Esmeralda. La historia es la misma: tratase de una pobre y linda gitanilla, requerida de amores por un soldado, por un clérigo y por un miserable contrahecho, en quienes cualquiera reconocerá al capitán Febo, al Claudio Frollo y al campanero Quasimodo de *Nuestra Señora de París*. Tambien la antigua *Jusienne* iba acompañada de una cabrita sospechosa, segun dice la leyenda, y esta fué la ocasion de su desastrosa muerte. Lo repito, la historia es la misma, pero vivificada en nuestros días por el genio de Victor Hugo.

En la calle de *Bievre* vivió el Dante, proscrito de Florencia por los Güelfos vencedores. En la iglesia de los Celestinos está enterrado nuestro ilustre Antonio Perez, el desgraciado secretario de Felipe II, víctima de su lealtad. Otro noble recuerdo español encontraremos en el docto y austero recinto de la Sorbona y es el de los triunfos escolásticos de nuestro gran padre Juan de Mariana en las disertaciones públicas de esta célebre escuela de teología, entonces la primera del mundo. — En el cementerio del padre Lachaise yacen los restos mortales de Moratin.

A pocos pasos de la calle del *Four Saint-Honoré* se ven todavía los arcos llamados *Piliers des Halles* (pilares de los mercados) tan afamados en la historia de París, y detrás de ellos, á pocos pasos tambien, se ve la casa en que nació Molière, fácil de reconocer por la inscripción y el busto del gran poeta, que la adornan. ¿Qué extranjero culto querrá dejar á París sin ir á saludar con respeto y cariño la cuna del autor del *Misántropo*? Muy cerca de aquel sitio, otro objeto de curiosidad atrae necesariamente á todas las personas de gusto, y es la elegantísima fuente que se alza en medio del mercado de los Inocentes, toda decorada con preciosos bajo-relieves de Juan Goujon.

La primorosa iglesia de *Saint-Germain l'Auxerrois*, empezada en el siglo XIII y concluida en el XV, verdadera joya de arquitectura gótica, aunque ménos pura que la *Sainte-Chapelle*, y admirablemente restaurada, como esta, de poco tiempo á esta parte; la torre aislada de *Saint Jacques-la-Boucherie*, de principios del siglo XVI y cuya restauración se está haciendo ahora cabalmente para que sea uno de los muchos ornatos de la gran calle de Rivoli; la Casa de la Ciudad (*Hotel de Ville*), monumento arquitectónico de gran mérito y tan lleno de recuerdos que bien puede decirse que en él está compendiada la historia de París; la catedral (*Notre Dame*) cuya primera piedra asentó á mediados del siglo XII el papa Alejandro III, y á la que ha dado una indecible juventud y como una vida nueva el soberano ingenio de Victor Hugo; las iglesias del *Val de Grace* y de Santa Genoveva con sus magníficas cúpulas pintadas aquella por Mignard, esta por M. Gros; el palacio del *Luxemburgo*, residencia primero de María de Médicis y luego de tantos poderes efímeros, ya cárcel, ya cámara de los pares, hoy Senado!... todos estos edificios y otros cien que podría citar están poblados, como decia ántes, de recuerdos llenos de interés para el historiador, para el filósofo, y sobre todo para el poeta. No creo que haya bajo este punto de vista, otra ciudad mas poética en el mundo, aunque sin duda las hay que *lo parecen mas*, por ser mas pintorescas ó por poseer algun especial mérito de situación ó clima como Granada, Venecia, Nápoles ó Sevilla. Ninguna de estas poblaciones, y ninguna otra del mundo, si se exceptúa á Atenas y á Roma, habla tanto á la imaginación como París, porque en ninguna han pasado tantas y tan grandes cosas como aquí, ni se conservan tan bien ni en tanto número testimonios patentes de aquellas cosas pasadas. Otras ciudades han tenido una época dada en la que han brillado mucho, eclipsando á las demás: París ha brillado constantemente; por eso conserva innumerables monumentos de todas las edades á que *va unido algun recuerdo*. Desde el palacio de Cluny, edificado en el siglo XV sobre las ruinas del que habitaban los antiguos emperadores romanos, hasta la plaza de la Concordia donde todavía cree uno ver levantarse como un sangriento espectro el cadalso de la Revolución, París ofrece en su vasto recinto al observador meditativo, materia para una no interrumpida serie de estadísticas continuadas al través de los siglos. Cada edificio es un capítulo del elocuente curso de historia antigua, de la edad media y de la moderna que la arquitectura ha ido escribiendo aquí con piedras en el suelo mas fielmente que los analistas con letras sobre el papel. EUGENIO DE OCHOA.

Revista de París.

En las carreras de caballos del domingo último llamaba la atención entre las berlinas de viaje y las sillas de posta, hoy tan á la moda para estas solemnidades hípias, un elegante carruaje con grandes escudos de armas pintados en las portezuelas y un soberbio tiro de dos caballos. Era el coche de una princesa italiana recién casada que ha llegado á París hace pocos días y cuya historia singular se ha divulgado rápidamente por los círculos y los salones. La historia en verdad es novelesca, pero su carácter de autenticidad está probado; se cuenta de este modo:

En una aldea de los alrededores de Florencia vivía Carlos de S..., hijo segundo de un labrador rico. Este joven á la edad de veinte años era ya muy recomendable por sus cualidades de buen hijo, de buen hermano y de entendido labrador, y si á esto se añade que reunía la circunstancia de ser un arrogante mozo, no hay para que decir que las jóvenes anhelaban sus obsequios y las madres previsoras ansiaban darle el dulce nombre de hijo. En una elegante casita cerca de la aldea y de la quinta vivía hacia algunos años una dama que cuidaba de la educación de una señorita. Enteramente aisladas estas señoras no se reunían jamás con los habitantes de la aldea; pero no por eso dejaban de asistir todos los domingos á los oficios divinos en la humilde iglesia del pueblo. El amor, que nunca piensa en los lugares donde recluta sus súbditos, había elegido esa apacible morada para enlazar indisolublemente al joven Carlos con la hermosa Matilde. En breve por esa chispa eléctrica que de un corazón pasa á otro con tanta presteza, supieron que se amaban y se lo confesaron mutuamente, y este encanto de un amor secreto, pero comprendido, duró cerca de dos años. En una de sus conversaciones Matilde había confesado á Carlos que la señora que la cuidaba no era su madre, y que ni siquiera conocía á su familia.

— ¡Quizás, añadió suspirando, será este un obstáculo para nuestra unión!

— ¿Qué me importa, exclamó Carlos, el saber quien te dió la vida ni el lugar de tu nacimiento? No tendremos mas que una familia, una sola madre, Matilde, como solo tenemos un alma, y pronto no tendremos mas que un nombre.

Los días se pasaban en dulces entrevistas entre la felicidad del momento y las esperanzas próximas á realizarse.

Pero un domingo Carlos no distingue á su amada en la iglesia. Se encamina sin perder tiempo á la casa que habita, llega á la cumbre de la montaña y se sorprende cuando descubre todo cerrado en la casita... Sobrecogido de un vago presentimiento, corre, llama... Muy grande fué su desesperación cuando el jardinero le dice que hacia tres días se habian marchado de repente las dos señoras, sin haber dejado el menor indicio que pudiese dar á conocer su paradero.

Carlos espera inútilmente noticias de su amiga, sin poder hallar en nada una distracción que calme su dolor ácerbo. Se pasan muchos meses, y á pesar de las lágrimas de su familia y de los esfuerzos de su razon, sale para siempre de aquella aldea en donde cada objeto le traza la imagen de Matilde. Carlos marcha á Liorna, se embarca para Constantinopla y de allí se dirige en peregrinación á la Tierra Santa. Por último, al cabo de tres años de peligros y de aventuras, llevando consigo un dolor que le devoraba sin darle la muerte, volvió á Toscana.

Llegado á Florencia, avergonzado de la desnudez en que se hallaba, no quiere presentarse así á sus padres y sienta plaza de soldado. En las filas, como en su libertad, mostraba siempre esa melancólica enfermiza de que nada podía distraerle, y que le hacía mas penoso aun el estado que por desesperación adoptara.

Pero volvamos á Matilde.

Hija natural de un gran señor de Bohemia, su padre por consideraciones de familia la separó de su lado y la mandó educar secretamente en Italia; pero una vez que cesaron esos motivos se apresuró á llamarla para reconocerla y legarla por testamento la mayor parte de sus inmensas haciendas.

Demasiado lejos de la Toscana para poder enviar con seguridad noticias suyas, el primer cuidado de Matilde en cuanto acabó el año de su luto, fué marchar á la aldea en busca de su amante, con el fin de realizar lo que se habian prometido tantas veces. Pero la rica heredera supo con dolor que Carlos desesperado había huido sin decir adonde y sin haber dado ninguna noticia á nadie.

Sin embargo, Matilde iba á menudo á la aldea. Sencilla como en los tiempos que vivía en su choza, paraba en la habitación de la familia de su amigo, y nunca salía del pueblo sin haber dado señales de generosidad y beneficencia, que la granjeaban el cariño y respeto de todo el mundo.

En Florencia era acogida con toda la distinción que reclamaban su categoría y su extraordinaria belleza. Los señores mas notables de Florencia la ofrecieron su mano, pero ni el nacimiento ni la fortuna pudieron enternecer su corazón, consagrado todo á sus primeros amores.

Matilde se dirigía una mañana al palacio ducal. Al entrar en el patio su coche se detiene un instante: un soldado de centinela en la verja se aproxima. Matilde le distingue, ¡era Carlos! ¡Qué sensación para una mujer enamorada que había perdido toda esperanza de ver á su amante! Sin embargo, conservando bastante imperio sobre sí misma para no demostrar su alegría con un arrebató indiscreto, se vuelve á su casa inmediatamente y encarga á un hombre de confianza que tome informes en los cuarteles sobre el soldado Carlos. Todo lo que le dicen en respuesta no hace mas que aumentar la estimación y el amor que le tiene; ni la licencia ni la holganza de la vida militar han pervertido sus costumbres; exacto para cumplir sus obligaciones, solo han notado en él una melancolía eterna cuya causa era de todos ignorada.

La joven princesa compra secretamente la licencia de

Carlos, y al mismo tiempo ordena que se extienda un contrato matrimonial estipulando que divide con él toda su fortuna. Cuando todos los papeles están corrientes advierte á la familia de Carlos que venga á su palacio. Este bien ageno de figurarse la dicha inesperada que el destino le reserva, sigue indiferente á la persona que le guía por en medio de aposentos suntuosos hasta que entra en aquel donde le esperaban reunidos todos los objetos amados.

La princesa sin poder contener su júbilo se arroja en sus brazos en cuanto le ve, exclamando:

— Carlos, soy yo, tu amada, tu prometida que va á ser tu esposa.

Y al decir estas palabras le presenta su licencia que le hace libre, y el contrato que debe enlazarle con ella en cadenas mas suaves. Su madre, sus hermanas le estrechan igualmente en sus brazos y le colman de afectuosas caricias. Pero ¡ay! esto era demasiado para un corazón tan sensible como el de Carlos. Había soportado valerosamente largos infortunios, mas no pudo resistir al exceso de su dicha; su júbilo se manifiesta con palabras inarticuladas, una risa espantosa le agita entre violentas convulsiones, en una palabra, Carlos pierde el juicio.

La princesa, cumpliendo con sus deberes de esposa, prodigó los mayores cuidados al enfermo, asistido en Florencia por los primeros facultativos, y una vez que se declaró una mejoría en el triste estado de Carlos, ha venido con él á París prometiéndose hallar aquí su completo restablecimiento. La razon bien debe al amor este milagro.

La crónica parisiense nos suministra esta semana otra historia de amores que, como la primera, ha llamado mucho la atención, sobre todo entre las personas que dudaban del amor en nuestra época de positivismo.

Una joven encantadora, Laura de X..., salió para Italia á principios del último invierno en un estado que dejaba á su familia con poquísimas esperanzas. Consultados los principales médicos de París, habian pronunciado su sentencia de muerte. A su juicio el suave clima de la Italia no la podía salvar, pero á lo ménos en esa tierra privilegiada podría prolongar algunos meses su existencia y moriría mas tranquila.

Laura salió, pues, de París acompañada de su madre que la quería entrañablemente. La interesante enferma provocó un sentimiento unánime entre las personas que la conocían. Se habian despedido de ella para siempre, la habian llorado como á una difunta; pero ¡oh felicidad! en los primeros días del mes último Laura se ha presentado de nuevo en París, hermosa y robusta, brillante de frescura y de salud. El clima de Nápoles operó este milagro; la Providencia había querido desmentir una vez mas la ciencia de los hombres.

Sin embargo, el estado de Laura inspiraba todavía algun cuidado; al padecimiento físico había sucedido una pena de alma: volvía muy triste y melancólica, y su tristeza la parecía á ella tan imposible de curar, como su enfermedad les parecía meses hacia á los facultativos.

En Nápoles donde había recobrado al poco tiempo sus fuerzas y salud, Laura había frecuentado con su madre las sociedades y había visto al marqués de S..., joven italiano que la hizo la corte y que ella amaba. Esta pasión que quizás contribuyó á devolverle la vida no la infundía grandes esperanzas. El joven marqués pertenecía á una gran casa: su familia quería para él un rico partido, y Laura apenas podía contar con una dote de veinte mil pesos, lo que era demasiado poco para tal alianza.

A su vuelta la joven encontró á su padre loco de alegría con aquella resurrección inesperada.

— Ahora, hija mía, la dijo, es preciso que te cases; es el mejor medio de ahuyentar la tristeza.

Laura le contestó que miraba con una repugnancia invencible esa idea de casamiento.

— Lo siento infinito, dijo el padre, pues tenía que proponerte un buen partido, pero en fin, no quiero forzar tu voluntad.

La joven meneó tristemente la cabeza.

— Sí, un partido que cambiaría quizás tu resolución si me permitieras que te presentara el pretendiente; es un hombre que reúne todas las ventajas que son de desear y que te agradaría, no lo dudes.

Laura se sonrió con amargura.

— Es un joven, continuó el padre, un joven amable y rico.

La joven guardó silencio; pero la expresión de su fisonomía parecía decir:

— ¿Y qué me importa todo eso?

— Un joven, repuso el padre obstinado, un joven que te ama con delirio.

A estas palabras la niña desdeñosa alzó los ojos.

— ¿Qué me ama? preguntó tímidamente.

— Te he dicho que con delirio.

— ¿Y dónde me ha visto?

— En Nápoles.

— ¿Cómo se llama? preguntó la joven conmovida.

— Tu madre me ha hecho de él los mayores elogios y sé que los merece.

— Pero no me dice Vd. su nombre.

— El marqués de S...

— ¡Ah! exclamó la joven con angustia, el marqués no puede casarse conmigo.

— ¿Y por qué?

— Porque su familia no lo consentiría.

— Su mismo padre me ha escrito pidiéndome tu mano.

— ¡Dios mío!

— Si no lo crees te enseñaré la carta, y además el mismo marqués te confirmará su contenido, pues debe llegar mañana á París á solicitar en persona nuestro beneplácito para realizar su deseado enlace.

En efecto, el apasionado marqués despues de haber venido, aunque no sin trabajo, la repugnancia de sus padres

con respecto á esta union que no le daba en cambio de su título la riqueza que ellos desearon, llegó á París y celebró sus bodas en los primeros días de este mes de mayo.

MARIANO URRABIETA.

El general francés Larchey

COMANDANTE MILITAR DE CONSTANTINOPLA.

El general Larchey (Francisco Estéban) nació el 20 de enero de 1795 en Cambrai, donde su padre mandaba la artillería. Antiguo soldado voluntario en el regimiento de Ansonne, había servido con Rochambeau durante la guerra de la Independencia y se distinguió en las primeras campañas de la República.

Despues de haber concluido brillantemente sus estudios en los liceos de Rennes y de Besancon, Larchey pasó como discípulo de artillería, primero al colegio militar de la Fleche y luego á la escuela imperial de Saint-Cyr, de donde salió el 1° de abril de 1814 con el grado de teniente en el 6° de artillería de plaza.

Aquella época fatal y gloriosa al mismo tiempo se halla presente aun en la memoria de todos. Rebajado su sueldo á la mitad cuando la vuelta de los Borbones, llamado cuando los Cien Días al ejército de París y luego al del Loira, declarado en fin de reemplazo á causa del licenciamiento general del ejército, nuestro teniente de artillería participó de la buena y la mala fortuna de sus compañeros de armas, y debió marcharse como ellos á su casa. Dos años despues entraba en su antiguo regimiento, cuyo mando superior le estaba designado. En 1823 y 1824 se encontró en el ejército de España mandando la artillería en Burgos, donde ganó la cruz de la Legion de Honor.

Desde esa época su vida es una larga serie de buenos servicios en los diferentes del cuerpo de artillería. Empleado alternativamente en los arsenales como capitán de una compañía de obreros, en el servicio activo como comandante de una batería del 8° regimiento; colocado despues en la plana mayor de la escuela de aplicación de Metz, y nombrado mayor del 7° regimiento con fecha 20 de noviembre de 1843, en razon de la experiencia que había adquirido en todos esos puestos, fué agregado á la persona del duque de Montpensier que era entonces general comandante de la 1ª división de artillería.

Los ascensos entonces no eran rápidos. Larchey permaneció catorce años de teniente y quince de capitán. Pero desde 1848, los acontecimientos y los grados debían sucederse bastante de prisa para compensar la lentitud primera. Empleado en el puerto de Tolon como teniente coronel de artillería en el armamento del litoral, muy luego sale de Tolon para Grenoble donde organiza el parque de sitio del ejército de los Alpes. El 14 de abril de 1849 un despacho telegráfico le llama al mando de la artillería de la division expedicionaria del Mediterráneo. Antes de concluir el mes, ya se hallaba con esa misma division bajo los muros de Roma. Conservado de director del parque el coronel Larchey asiste á la toma de la ciudad y recibe el mando de un castillo.

Vuelve á Francia de coronel del 6° de artillería y dos años despues es brigadier. Con este grado es llamado el 10 de noviembre de 1854 al mando militar de Constantinopla, Varna y Gallipoli, mando considerable, pues debía extenderse no solo sobre las tropas, sino tambien sobre la administracion, los hospitales, la justicia militar y todos los servicios varios que comprendían los grandes depósitos franceses del ejército de Oriente. En Constantinopla se reunían una parte de los víveres, de la leña, tiendas y otros objetos destinados al abastecimiento del ejército. Allí, tambien se trasladaban los enfermos y heridos de Crimea; y por fin la administracion francesa constituyó en Constantinopla el centro de sus oficinas.

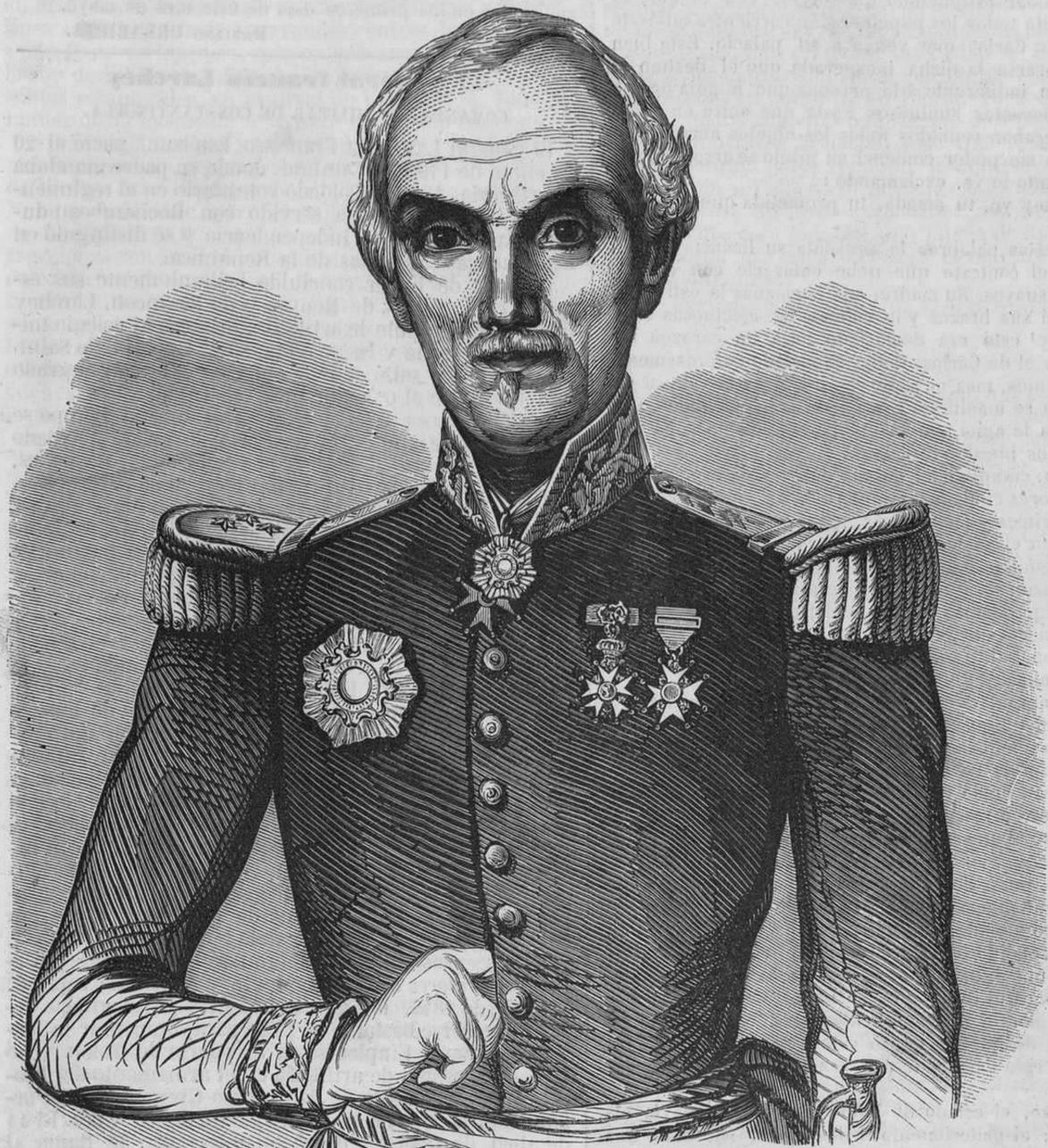
A la cabeza de ese gran movimiento debía haber un hombre bastante inteligente para asegurar y regularizar el servicio de todo, y dotado de un espíritu bastante firme y bastante conciliador para hacer querer y respetar el nombre francés en un pueblo como el turco. El general Larchey supo desempeñar con felicidad este encargo delicado y difícil.

Por uno de los últimos vapores salió para Francia el general Larchey que mandaba en Constantinopla las tropas francesas, trayéndose consigo el sentimiento de todos los que tuvieron el gusto de tratarle. Por su carácter afable, por su conducta digna y siempre conciliadora, se granjeó el afecto y estimación de los ministros y altos funcionarios del gobierno imperial.

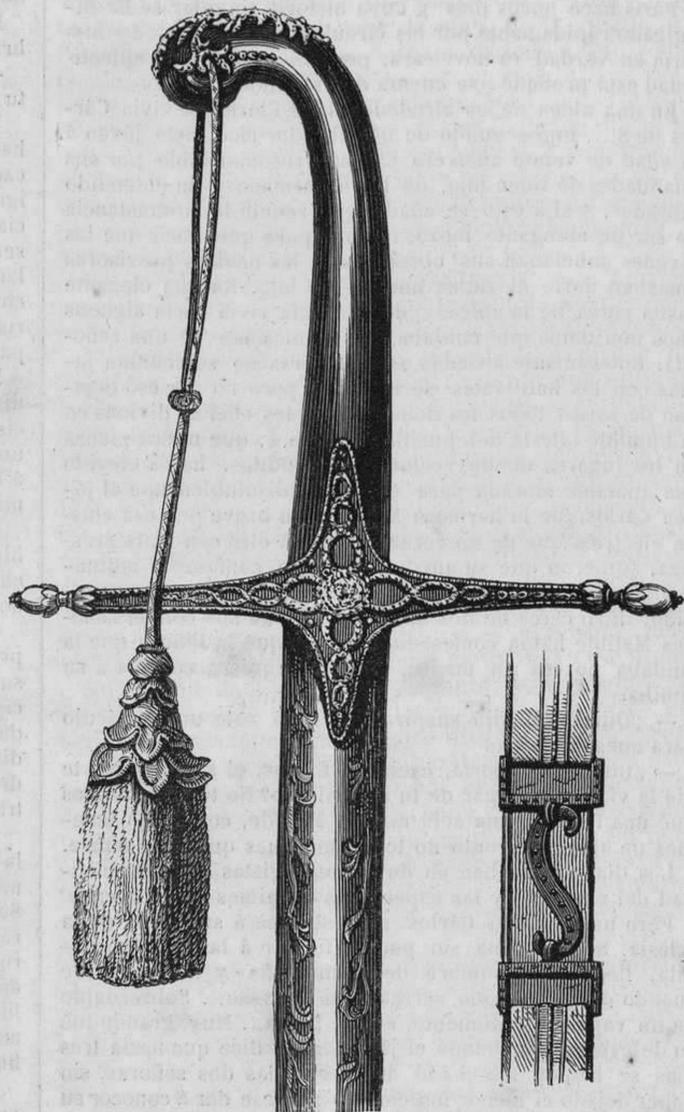
Las relaciones del general Larchey fueron tan excelentes y útiles con el ministerio de la Guerra turco y con los generales y oficiales superiores de los ejércitos aliados, como con los miembros del cuerpo diplomático y la alta sociedad de Pera, que supieron apreciar en él las sólidas y buenas cualidades que le distinguen como militar y como hombre de mundo.

Por eso cuando el general se dirigía al vapor que debía trasladarle á Francia llevaba consigo una numerosa comitiva. — El grado de general de division, el Medjié de 2ª clase y la cruz de la orden del Baño han venido á justificar y recompensar los servicios hechos por el general Larchey en Constantinopla. El Sultan que le estimaba en alto grado le entregó en su audiencia de despedida un magnífico sable de honor de un valor de 25,000 fr. La hoja es un viejo damasco cuyos antiguos servicios se hallan atestiguados por señales visibles; la guarnición de oro lleva brillantes en el puño y en la cruz. Todos sus adornos así como los de la vaina y el cinturón son de mucha riqueza y gusto.

El general Larchey acaba de ser promovido al grado de comendador de la Legion de Honor.



El general Larchey, gobernador militar en Constantinopla durante la guerra de Oriente.



Sable de honor regalado por el Sultan al general Larchey.

La Nueva-Caledonia.

La toma de posesion en nombre de la Francia del archipiélago de la Nueva-Caledonia por el contra-almirante Febvrier-Despointes, crea para la marina francesa un excelente punto de apoyo y una ancha base de operaciones en el mar Pacífico, que se hace el gran camino comercial de la Australia, de la India y de la China, y que al mismo tiempo permite ejercer á la Francia por medio de su poderío y de sus luces, una legítima influencia sobre los futuros destinos de ese nuevo mundo.

Sin embargo, estas preciosas ventajas parece no son comprendidas por todos los hombres, pues hay algunos que no ven en el protectorado de la Francia sobre las islas del archipiélago caledonio mas que una nueva causa de gastos improductivos. No nos parece fuera de lugar el recordar aquí el aumento enorme que el poder inglés ha recibido en la Oceania, para hacer resaltar mejor la utilidad de los establecimientos franceses en la Polinesia meridional. Por este medio creemos se desvanecerán las objeciones desinteresadas que se han producido contra una extension mayor de la dominacion francesa en el océano Pacífico, demostrando las ventajas que la marina y el comercio pueden reportar de la ocupacion de la Nueva-Caledonia, lo que nos conduce á dar á conocer en pocas palabras las islas recientemente sometidas á la dominacion francesa.

La Nueva-Caledonia se extiende del 2° 10 m. al 23° de latitud S., y del 161° 39 m. al 64° de longitud E. La longitud de la isla es de 320 á 360 kil. sobre 40 á 60 kil. de anchura casi por todas partes. Se halla cortada en su prolongacion por dos cadenas de altas montañas separadas por un valle mal explorado hasta aquí, pero que ha parecido la parte mas fértil de la isla. Aunque el suelo de la Nueva-Caledonia no suministre mas que

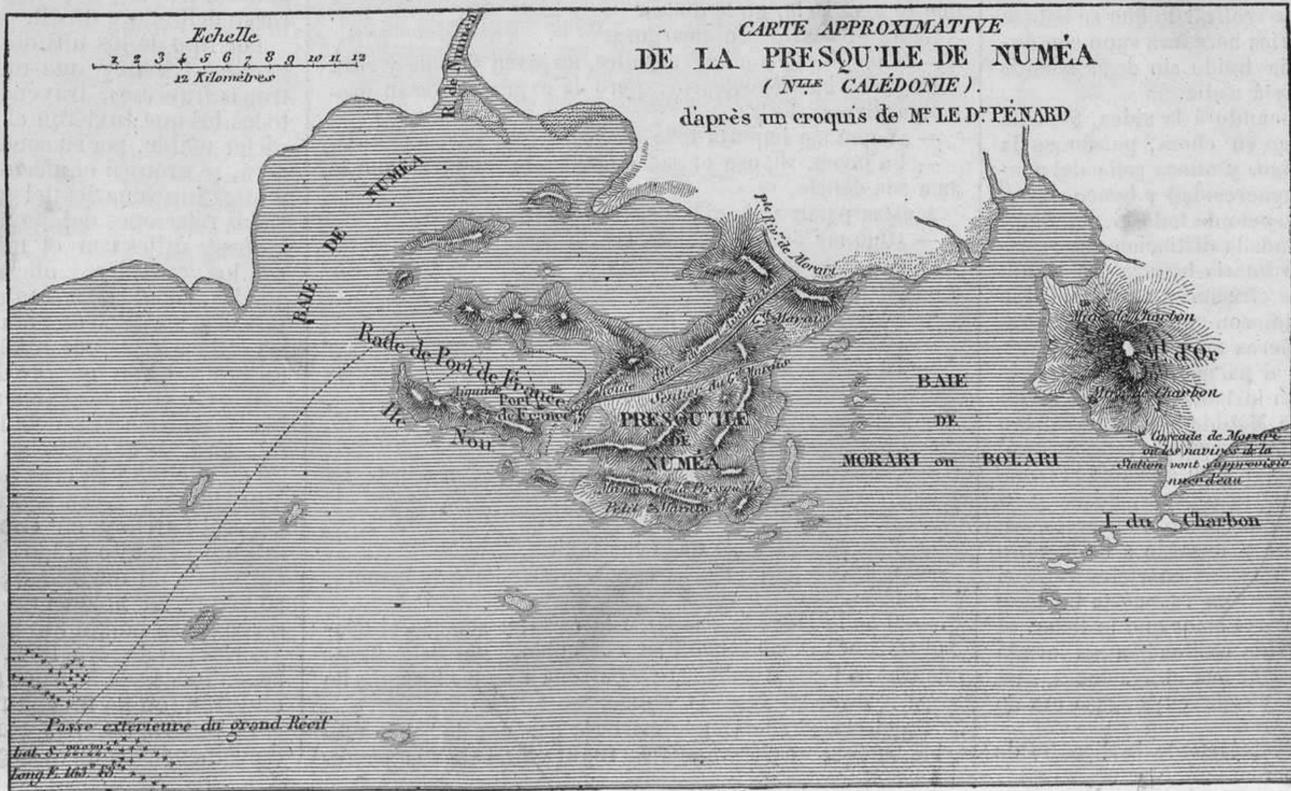
un corto número de producciones á causa del estado poco adelantado del cultivo indígena, es de creer que colocadas bajo la misma latitud que la Isla Borbon, Madagascar, Rio Janeiro y la Plata, las nuevas posesiones francesas se hallen igualmente favorecidas en cuanto á la produccion, y sea posible aclimatar en ellas con grandes ventajas las especies vegetales particulares á esos países. Una vegetacion vigorosa y los medios naturales de vegetacion que allí abundan permiten concebir las esperanzas mas favorables sobre la riqueza territorial de la isla, cuando se halle fecundizada por métodos agrícolas mas avanzados. Esto se aplica principalmente á las tierras que se alejan un poco del litoral.

En cuanto á los terrenos próximos á la mar, estos muestran señales de los depósitos marinos que los constituyen y de su formacion madreporica. Por eso, esas tierras bajas no ofrecen hasta aquí mas que una pequeña parte de tierra cultivada. En cambio, al rededor de

la isla y de las cercanías de la costa, se encuentran particularmente al Este muchos puntos que se prestan para establecimientos considerables. Los mas importantes de estos puntos se hallan ocupados ya por grupos de poblaciones indígenas desprovistas de toda industria, é incapaces de contribuir al desarrollo de la colonizacion.

Balade, al extremo Norte de la isla, es el centro principal de habitacion y el puerto mas frecuentado. Esta localidad tendrá un buen porvenir en cuanto se hayan hecho las obras de mejora que reclama el estado del puerto, y cuya iniciativa y direccion pertenecen al cuerpo de ocupacion. El celo de los buenos religiosos que tienen en las cercanías de Balade el centro de una de sus misiones, ha realizado ya en provecho de los habitantes de la localidad los progresos mas satisfactorios en las condiciones de la vida civil, independientemente de todo el bien que esos religiosos les han hecho en el órden moral. Gracias á la solicitud de esos atrevidos campeones de la fé y la civilizacion, el aspecto de Balade se ha transformado en algunos años.

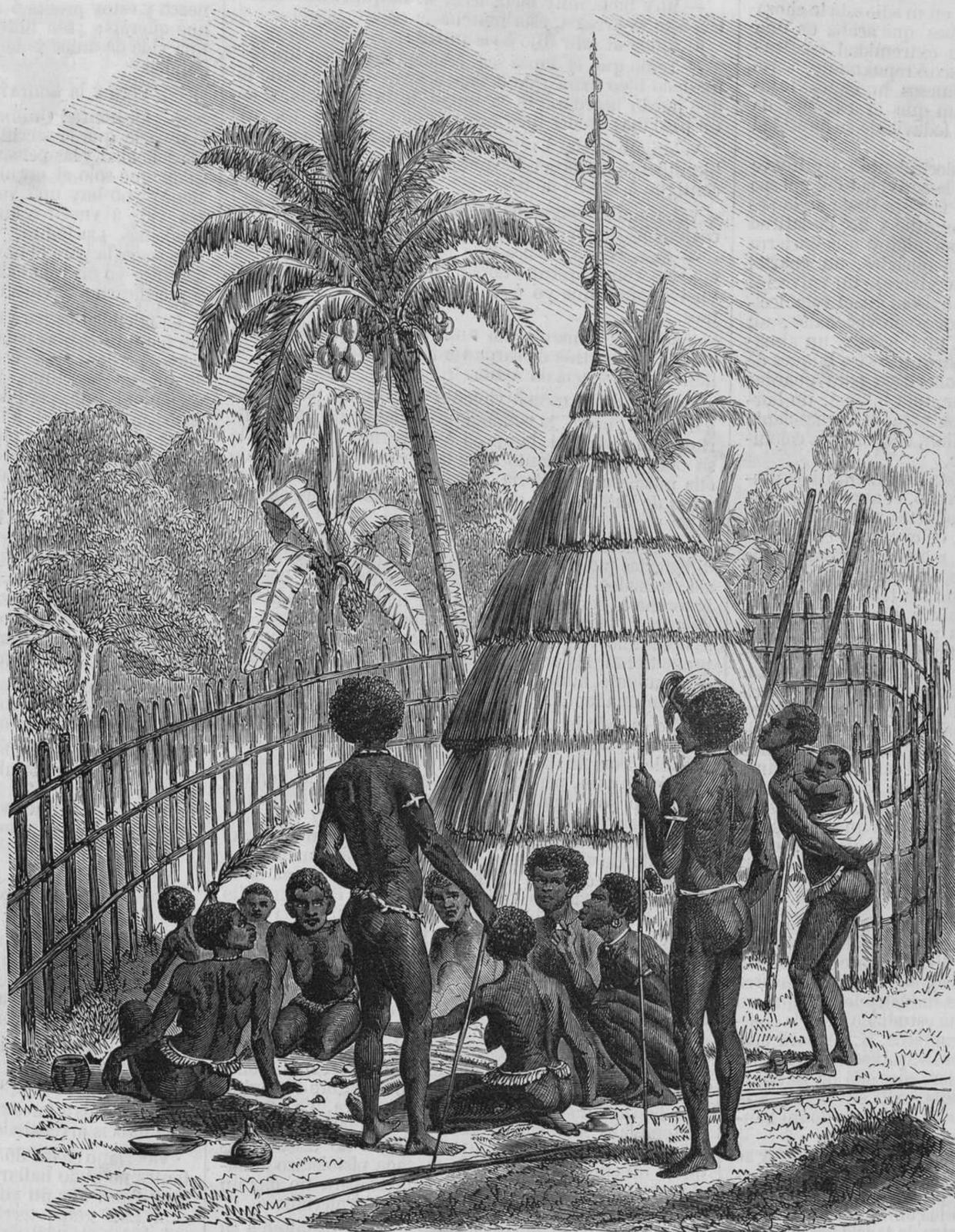
Caminando del Norte al Sudeste, se encuentra Pueblo el establecimiento mas antiguo de los misioneros, y Yenguene, buen fondeadero, cuyas cercanías se hallan cubiertas de una rica vegetacion. Esos dos grupos obedecen á la autoridad de un jefe indígena, llamado Boarat, y forman entre sí una liga contra Balade que en las guerras de vecindad que tan á menudo han assolado el Norte de la isla, ha obtenido constantemente las ventajas que le aseguraban su fuerza numérica y una organizacion política mejor. Largo tiempo se han considerado esas guerras interiores como un mal necesario destinado á prevenir un exceso de poblacion que no habria estado en relacion con los recursos de la isla. Este es el motivo que parece haber dirigido siempre la política de los insulares; pero para convencerse de cuan in-



PANORAMAPHIE GILLOT

fundado es este motivo, basta citar como un hecho constante, comun á esas poblaciones, que desde hace setenta años la masa general de los indigenas tiende á disminuir, y que la causa mas enérgica de esta disminucion, no es tanto la frecuencia de las muertes como la escasez de los nacimientos. Además se puede observar la misma anomalía en todos los países donde la promiscuidad de los dos sexos y la poligamia son de institucion política. Esas guerras encarnizadas no se hallan justificadas por la necesidad; tienen mas bien su razon y su causa en las rivalidades celosas de los jefes y en la rapiña. Los esfuerzos de los misioneros han debido aplicarse á extinguir ese antagonismo salvaje; pero si las poblaciones son pacíficas en apariencia, el resentimiento de los jefes y sus intereses personales mantienen elementos ocultos de discordia. El gobierno protector de la Francia deberá intervenir en esas contiendas, limitando la autoridad de los jefes para neutralizar las ambiciones; deberá arreglar las relaciones de estos entresí y someter sus diferencias á su fallo supremo. Solo bajo estas condiciones se puede fundar una paz duradera entre los diferentes grupos de poblacion, si además, mediante un ancho desarrollo de la riqueza natural de la isla, se lograba quitarles uno de los estimulantes mas activos que les inducen á la guerra: la necesidad actual de la rapiña.

Kanala, que se halla hácia la punta oriental de la isla, forma el grupo mas considerable despues de Balade. El puerto es de buen fondo. Una bahía honda y bien cerrada entra en las tierras á una distancia de siete millas y suministra así á los buques un fondeadero á cubierto del viento y de la mar. Junto á la orilla el suelo es cenagoso, pero subiendo hácia el Sur la vegetacion se desarrolla hasta la llanura de Nocoloboua que es de una fertilidad admirable. Esta llanura que corre sobre una extension de 10 millas, se halla limitada por altas montañas por todas partes. La poblacion de Kanala debe á su aislamiento la paz profunda de que disfruta. Las tribus centrales, de las que se halla separado el territorio de Kanala por la cadena anterior, poseen en su parte de las montañas un valle



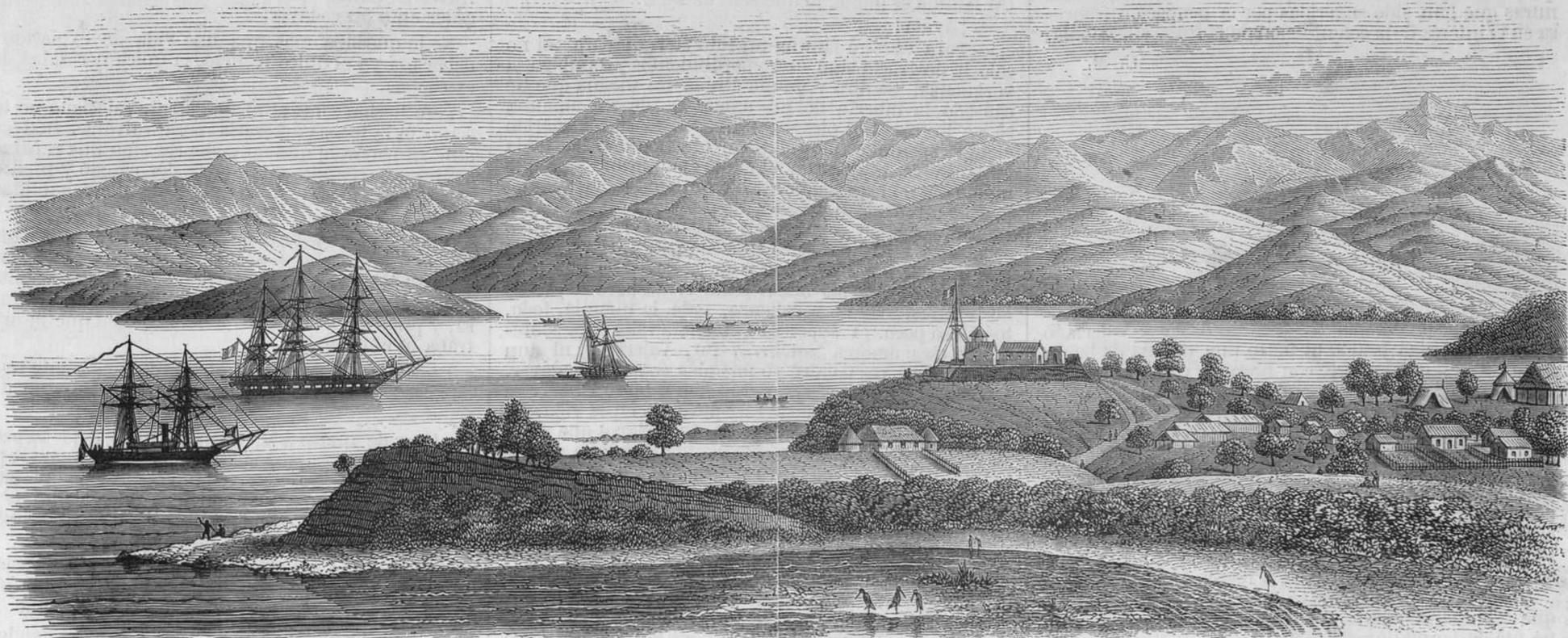
Nueva-Caledonia. — Habitación de un jefe en Kanala.

que no les deja nada que envidiar de la fertilidad de la llanura de Nocoloboua. Además se hallan colocadas demasiado léjos de la influencia del jefe de Kanala para que la ambicion de este se halle interesada en hacer sentir su autoridad á la otra parte de la montaña. Pero

último de sus súbditos; su ignorancia es no menos profunda, y en cuanto á su vida ordinaria difiere poco de la de aquellos. Su habitacion no ofrece nada de particular; está construida del mismo modo y con los mismos materiales que las chozas comunes, esto es-

es probable que en cuanto la ocupacion haya ensanchado Kanala y le haya dado la importancia que merece por su posicion y los buenos elementos de colonizacion que encierra, las hordas del centro tratarán de turbar con sus excursiones la prosperidad del establecimiento naciente y se opondrán largo tiempo aun, si no les obligan á ello, á abrir á la influencia extranjera el valle interior donde están fortificadas, y que hasta aquí no se ha podido reconocer de un modo seguro.

Kanala se halla bajo la autoridad de un jefe indigena que dispone soberanamente del poder. La forma del gobierno es una especie de feudalismo en el que los principales jefes militares son los grandes vasallos. Hasta la llegada de los misioneros esta especie de servidumbre se hallaba bien cimentada por las ideas religiosas que formaban una teocracia vaga. Hoy esas ideas han perdido mucho de su fuerza pero han dejado en pié la credulidad que rodea de cierto prestigio á esos déspotas groseros. La enseñanza de los misioneros al esclarecer con nuevas luces esos espíritus incultos, dará necesariamente un golpe funesto á ese poder arbitrario, pero sobre todo la ocupacion francesa al prevenir las causas de guerra reducirá el papel de esos tiranos á una simple administracion civil, cuyos elementos, sin embargo, no se hallan aun suficientemente preparados. El jefe de Kanala es entre los déspotas de la isla aquel que se ha mostrado ménos hostil á la ocupacion francesa; pero esta moderacion debe atribuirse no á vivas simpatías, sino al temor de un castigo. Por lo demás trata á sus súbditos con toda la dulzura que podia esperarse de un amo que practicaba no hace mucho aun, la bárbara costumbre de devorar á sus semejantes. Pero entre esas tribus primitivas el supremo poder carece de esas prerogativas que se manifiestan por señales exteriores y un lujo de riquezas. Las costumbres de esos déspotas son tan groseras como las del



El Puerto de Francia en la Nueva-Caledonia.

se compone de una empalizada y en medio está la choza formada de ramas secas y de yerbas que acaba en una punta larga. A veces se ven en su extremidad esculturas informes de un aspecto grotesco o repugnante, y trofeos de cabezas, cabelleras y huesos humanos. Estas exposiciones horribles atestiguan que el carácter de los naturales no se ha despojado todavía de su ferocidad innata.

Puerto de Francia es un establecimiento muy nuevo que debe su origen al celo y á la actividad del cuerpo de ocupación. Está situado sobre la costa Oeste de la península de Numea por 164° de longitud y 22° de latitud Sur. Además del *blockaus* casi concluido y que encierra en su recinto un pabellón para oficiales, un cuartel para la artillería, un almacén de víveres, un polvorin, un horno y una enfermería, existen en el establecimiento, pero como construcciones provisionales, un gran cuartel para la infantería, una iglesia, un almacén general, almacenes particulares para los buques de la estación, diversos talleres, cobertizos para guardar cal y carbon de piedra; un tejár, una tahona, un horno de cal y varios alojamientos para el comandante particular, los oficiales, el capellán, el agente de colonización, el cirujano, el piloto, etc.

Si el lugar elegido para este establecimiento deja mucho que desear en cuanto al terreno, el agua, los materiales de construcción y los productos alimenticios, en cambio parece no es lo mismo en cuanto al clima. Según M. Penard, cirujano de la marina, esa parte de la Nueva-Caledonia, aunque un poco avanzada en el trópico Sur, disfruta de una temperatura templada y sana. El termómetro centígrado no sube á más de 28° y desde mayo á julio no pasa de 18°. Es un término medio entre el clima cálido y el clima templado. Las enfermedades son casi desconocidas en la guarnición francesa. A estas dos ventajas de primer orden, temperatura suave y perfecta salubridad, Puerto de Francia reúne otra ventaja cual es la de poseer una rada vasta, bien abrigada, y de un acceso que se haría fácil estableciendo una señal un poco notable sobre el punto culminante de la isla Nou. Solo es de sentir que la península de Numea no se halle en las mismas condiciones de fertilidad que los puertos de la costa Este de que hemos hablado, como Kanala, Yenguene, Puebo y Baladé, donde se halla agua en abundancia, hermosas llanuras cultivables, una rica vegetación y productos naturales alimenticios.

Como puerto de comercio, Puerto de Francia no parece será nunca importante. No es muy probable que los esfuerzos de la colonización se dirijan sobre la península de Numea á menos que las exploraciones exteriores no descubran allí explotaciones industriales, lo que no cree verosímil M. Penard que ha estudiado bien la constitución mineralógica de esa comarca. M. Penard dice que solo ha encontrado indicios inequívocos de productos mineralógicos de algun valor, mas allá de la bahía de Morari al Este de la península. Allí en efecto, á la misma falda del monte de Oro está la cabeza de un banco de ulla, que suponen atraviesa la montaña.

Puerto de Francia, como establecimiento militar se halla en una excelente situación y justifica por una porción de ventajas naturales la preferencia que M. Tardy de Montravel que principió las obras en 1833, le ha dado sobre todos los demás puntos de la isla grande. Los buques de guerra estarán allí bien seguros gracias á la configuración de la rada; en una palabra, Puerto de Francia será para la estación naval francesa de la Oceania un punto de descanso y un apoyo considerable. En el próximo número hablaremos de la isla de los Pinos, uno de los ramales submarinos de la isla grande, y al recordar las obras importantes que se deben en esa parte de la Oceania á la tripulación de la corbeta *la Aventure* recordaremos los detalles del naufragio de este buque, concluyendo con la exposición de algunas de las miras que han sido sugeridas por la ocupación francesa en el interés de la colonización de la Nueva-Caledonia.

C. M.

VALERIANO.

(Conclusion.)

Durante este tiempo, M. Jacquin decía á Valeriano después de haber pedido al mozo una docena de balas:

— No hay que andarte con bromas, nuestro hombre tira bien, de modo que es preciso desconfiarle mostrándole que se tira mejor todavía. Ya sabes, mucho aplomo, en cuanto á destreza no hay nada que decirte.

En efecto, la costumbre de tirar al aire libre había dado á Valeriano una precisión notable, y no le era difícil cortar á veinte ó treinta pasos una vara plantada en la tierra. Sin embargo, sea que estuviera un poco conmovido, sea que no habiendo tomado en su mano una pistola hacia seis meses, hubiese perdido algo de su habilidad, sus primeros tiros fueron malos.

M. Jacquin se desesperaba con aquella inferioridad que debía dar confianza al adversario. Pero su desaliento no fué de larga duración; Valeriano se repuso poco á poco, y de las seis últimas balas cuatro tocaron en el centro del blanco.

— Muy bien, muy bien, decía M. Jacquin entre dientes, esto se arregla, esto marcha.

El conde al salir dijo á su amigo:

— Temo que el lance sea pesado. Ese jóven tira demasiado bien para que le deje acercarse mucho; todo lo que puedo acordarle es la mitad de la distancia, si da un paso mas tendré que matarle.

Valeriano se iba á retirar cuando un mozo del establecimiento vino á decirle que le esperaban en el cuartel contiguo á la sala de tiro.

Valeriano se volvió hácia M. Jacquin que le dijo encogiéndose de hombros:

— Comprendo, tienes que pasar un mal rato, pero cuidado con flaquear. Corro á nuestros negocios; si vuelves antes que yo á la fonda espérame y hablaremos.

Y salió. El armero abrió una puerta de vidrieras que cubría una cortina de sarga verde. Valeriano entró y se halló en presencia de Agata.

Después de la escena violenta que habia tenido lugar en su cuarto, la condesa no se habia atrevido á dirigirse al jóven, ni tampoco á preguntar las señas de su casa, pero en cuanto supo la marcha del conde bajó ella misma á la portería. El conde habia desgarrado las señas de Valeriano y el portero no las habia leído ni sabia nada.

La condesa tomó un coche y fué á todas las casas de diligencias pidiendo informes; pero los billetes habian sido tomados en nombre de M. Jacquin cuya llegada ignoraba la condesa, de modo que no trató de pedir noticias por ese lado. Nada pudo saber; sin embargo, no se desanimó y fué á la prefectura de policía donde la prometieron las señas de la casa de Valeriano para el día siguiente, aunque solo en el caso de que hubiese parado en una fonda.

Esto es todo lo que pudo obtener, de modo que pasó la noche y una parte de la mañana en una agitación terrible. Por fin la comunicaron las señas deseadas; corrió á la casa, pero ya el jóven habia salido cuando ella llegó. No obstante, á fuerza de preguntar, acabó por oír el criado el nombre de Lepage, de quien se habia tratado durante el almuerzo. Al punto se mandó llevar al tiro donde vió de lejos á Valeriano cuando entraba. La condesa entró detrás de él, pero al abrir la puerta de la sala vió al conde y se retiró con presteza. Pidió un asilo á la dueña del establecimiento que acostumbraba ver á menudo escenas de tragedia, cuyo principio y fin ignoraba, accedió á su deseo y la ocultó en el único cuarto que tenia libre. Allí pasó un momento horroroso. Tan pronto iba á la puerta y apartaba la cortina para ver lo que pasaba, como se arrojaba en el fondo del aposento próxima á desmayarse. A pesar de todas las causas de discordia, á pesar de todos los resentimientos, la mujer menos sensible no puede permanecer indiferente á los peligros que corre la vida de un hombre cuyo destino ha sido el suyo y cuyo nombre lleva. La condesa no temblaba solo por su amante, sino tambien por su marido. Aunque sabia muy bien que no asistía mas que á un simulacro de combate, cada pistoletazo la hacía estremecer y morder su pañuelo para no dar un grito. Estaba medio loca cuando entró Valeriano.

— ¡Oh, mucho he sufrido! exclamó lanzándose á su cuello y sollozando; ¡mucho he sufrido ayer, esta noche y ahora! ¡Dios mio! ¡qué espectáculo! ¡Afortunadamente se ha concluido; os he hallado á tiempo, todo está salvado, no tendrá lugar ese desafío.

— Agata, ¿qué decís?

— Vais á comprender que es imposible.

— ¡Imposible!

— Sin duda ninguna. La juventud en nada reflexiona... pero ¿no os habeis preguntado lo que será de vuestra familia si morís, lo que será de mí?...

— ¡Agata!

— Para vuestra familia un luto eterno; para mí no solo la desgracia sino el remordimiento y tambien la vergüenza. Se dirá y yo me diré á mí misma que he causado la muerte de mi amante... de mi amante, sí, ya lo sois á los ojos del mundo... Si es mi marido el que sucumbe estoy igualmente perdida. No tenia bastante esa mujer con el adulterio, dirán, sino que ha añadido el asesinato... ha quitado la vida á su marido; ¡la vida después de la honra!... y sobre mí, sobre mí sola caerán todas las culpas... Y digo sola, pues bien pensaréis que no podré vivir con el hombre que haya derramado la sangre de mi marido. Y entónces todas las maldiciones serán para mí, todas las injurias, toda la vergüenza, toda la infamia, todo, todo será poco. ¿Y suponeis que tenga valor para sobrellevar esos amores tenebrosos? No, Valeriano, ni aun para llegar á vos pondré yo mis piés sobre un cadáver. Yo desafío á los hombres, pero temo á Dios; á Dios que está presente en la muerte mas aun que en la vida. Ya veis que ese duelo, sin hablar de los peligros que vuestro valor arrostraría tranquilamente, pero que no por eso son menos terribles, sin hablar de la desesperación en que puede sumergir á todos los que os aman, ese duelo es una sentencia de separación entre nosotros... ¿Hago mal en creerle imposible?

— Sin embargo, no puedo retroceder ante el conde después de haberle insultado.

— ¿Y qué quereis? Vengaros del mal que le habeis hecho. ¡Lógica singular!... ¿Le habeis destronado en mi corazón y por eso quereis quitarle la vida? Sí, entre él y yo todo está concluido.

— ¡Agata!

— Todo. No le pertenezco á él sino á vos; os pertenezco y estoy pronta á seguirlos; vamos á Italia, al país que querais; ¡ser libres juntos y siempre! Os ofrezco una vida de amor y de felicidad, Valeriano; ¿qué respondeis?

— ¿Pero y la honra?

— ¡La honra! Quimera sangrienta: ¿la obedeceréis si os pide que la sacrifiqueis vuestra conciencia y vuestra felicidad, y las personas que os aman en este mundo? ¿Con qué solo el orgullo tiene honra? ¿El amor no la tiene? ¿no hay una voz que os grita que debeis vuestra vida á vuestros amigos no á vuestros enemigos? Y además, ¿la honra, virtud ó preocupacion, debe ser mas sagrada para el hombre que para la mujer? ¿No os sacrifico yo mi reputacion? ¿Con qué derecho os negais á sacrificarme la vuestra?

La fidelidad es para una mujer lo que el valor es para un hombre y mas todavía, pues el hombre puede hacerse perdonar su cobardía dando pruebas cuando lo juzgue oportuno, pero una mujer no tiene apelacion, si está perdida. Un cuarto de hora de valor os basta á vosotros, á nosotras veinte años de virtud de nada nos sirven. Os pido, pues, un instante de paciencia y os doy en cambio el porvenir de mi vida. No vacilaréis si es verdad que me amais, Valeriano, y me amais, sí, no lo dudo: me habeis preferido á vuestra familia, ¿cómo no me prefeririais á un desafío?

En vano trató el jóven de luchar contra esa elocuencia apasionada. Atacado alternativamente por todos los flacos de su espíritu y de su corazón, fascinado por la atracción de la condesa, bajó de incertidumbre en incertidumbre hasta el olvido de su dignidad, y acabó por sacrificar la honra como habia sacrificado el deber. Una vez en la pendiente fatal, ¿quién puede detenerse?

Quedó convenido que Valeriano saldría aquella noche para Fontainebleau donde debía esperarle la condesa.

Pero este proyecto no debia realizarse.

Al volver á la fonda, Valeriano encontró una carta con el sobre á su nombre, sellada de negro y procedente de San Servan, pues M. Jacquin habia previsto el caso en que tuvieran necesidad de escribirle, y habia dejado en el Dominio el nombre de la fonda donde pensaba residir en Paris.

Valeriano la abrió con presteza y reconoció la letra del abate Pascal. La carta no contenía mas que estas palabras:

« No es vuestra madre quien ha muerto, Dios la reserva aun para mayores penas; es Eugenia que ha pagado el tributo necesario á las pasiones implacables. »
« Vuestra indiferencia la minaba hacia tiempo, y vuestro abandono ha concluido con ella. »

« ¡Valeriano se ha ido! exclamó con una voz desgarradora al saber la noticia de vuestra fuga. Y cayó para no levantarse nunca. »

« ¿Dejaréis á vuestra madre que llore sola el ángel que la habeis arrebatado? »

Valeriano se quedó petrificado; durante algunos instantes no pudo hallar ni palabras, ni lágrimas, ni pensamientos. Por fin volvió la vida y trajo la desesperación. Este golpe terrible habia arrancado la venda que cubria los ojos del jóven, y vió su situación en todo su horror. Comprendió su locura y su ingratitud: habia causado la muerte de la compañera de su infancia, de la amiga fiel de su juventud, y habia sumergido á su madre en un dolor inconsolable y en un luto eterno. Y tambien su amor, aquel amor que habia destruido en él el sentimiento del deber y que habia trastornado su conciencia, caía bajo las ruinas que habia hecho; el remordimiento elevaba ahora una barrera inexpugnable entre él y la funesta felicidad que habia perseguido á través de tantas faltas. Valeriano tambien debia retroceder ante un cadáver.

No le quedaba mas que una vida de expiación; el deber era ya el único recurso, la única necesidad de su existencia.

Pero herido como el abate Pascal, Valeriano no tenia como él la fuerza necesaria para salvarse. Retrocedió ante su porvenir que no podia ser sino una reparación continua y siempre incompleta del pasado y prefirió el reposo de la muerte á las fatigas de una rehabilitación tan larga.

Aturdido por el dolor de su inmensa caída, espantado con el camino que tendria que andar para volver de nuevo hácia las cumbres de donde se habia precipitado, no se sintió ni con valor ni con fuerzas para tal empresa, y prefirió abandonarse á la fatalidad que le arrastraba al abismo.

Decidido á morir halló en su resolución una especie de alivio y disfrutó de antemano la tranquilidad del sepulcro.

Al ver de nuevo á M. Jacquin no le dejó sospechar nada de lo que pasaba en su alma. La extremada palidez que cubria su rostro era el único indicio que habria podido venderle; pero el comandante la atribuyó á la emoción que habia debido causar al jóven su entrevista con la condesa, y aparentó que nada habia.

En la comida Valeriano no pudo tomar un bocado, á pesar de las observaciones del comandante, pero este se tranquilizó viéndole beber algunas copas de vino.

El jóven le pidió permiso para retirarse, dando por pretexto que deseaba descansar, y fué á encerrarse en su cuarto. En el momento de abandonar para siempre

á los que habia amado sentia la necesidad de despedirse.

Valeriano escribió á madama Hubert :

« Madre mia, perdonadme todo el mal que os he causado, todo el mal que os causaré todavía. Cuando recibais esta carta habréis perdido vuestros dos hijos. Habria debido vivir no para consolaros sino para ayudaros á soportar vuestro dolor, pero ¡ay! no tengo fuerzas para ello; sucumbo bajo el peso de una fatalidad que me domina. No maldigais á vuestro desgraciado hijo que muere con el alma llena del recuerdo de vuestra bondad y vuestra ternura. »

Y al abate Pascal le dijo lo siguiente :

« Señor cura : muero víctima de mi locura y obstinacion. Si hubiese seguido vuestros consejos no habria llegado á un fin tan pronto y tan deplorable. Me habeis anunciado todo lo que me sucede, y á nadie sino á mí puedo acusar de mi desgracia. Os agradezco los generosos esfuerzos que habeis hecho por salvarme, y os pido el perdón de todas mis culpas. Me acordais este perdón, ¿no es cierto? Tengo fé en vuestra indulgencia y en vuestra amistad, y me atrevo á esperar que aun os será grata mi memoria. »

« Tengo que hacer otra súplica y es que me hagais enterrar cerca de Eugenia. ¡Pobre Eugenia! »

Luego escribió estas líneas á la condesa :

« Una fatalidad invencible nos separa, mi querida Agata. No pudiendo vivir á vuestro lado, muero. Muero amándoos. Mi último pensamiento será para vos. Mi corazón se parte al pensar que no volveré á veros. Adios, olvidadme y sed dichosa. »

Por último dijo á M. Jacquin :

« Mi querido comandante : no tengo mas que un medio para manifestaros mi gratitud por vuestro afecto paterno y vuestra incansable protección, y es el recomendaros al morir el cuidado de mi pobre madre que yo abandono. Llevadla mis despojos para que pueda reunirlos con los de Eugenia. Adios, amigo mio. »

La proximidad de la muerte habia devuelto toda su pureza primitiva al alma de Valeriano. Todos los malos sentimientos, todos los malos instintos, todos los malos pensamientos habian huido á la vez ante la solemnidad de la hora suprema, y solo habian quedado la ternura y la justicia.

A solas consigo mismo, Valeriano no trataba ya de luchar contra su corazón. Mas de una vez interrumpido por su emoción, habia llorado amargamente sus amigos, su hermana, su madre, su amante y su vida, la vida tan hermosa á veinte años.

Vió que la noche pasaba rápidamente en el tumulto de sus pensamientos. A las siete M. Jacquin llamó á su puerta para despertarle, y respondiéndole que al instante salia se puso á reparar un poco el desorden de sus vestidos. Luego se fué con su viejo amigo que le obligó á tomar una copa de madera como un cordial indispensable en semejante circunstancia.

— A tu salud, hijo mio, dijo M. Jacquin brindando.

— A la vuestra, comandante, respondió Valeriano con una sonrisa triste.

— Es la primera vez que te hallas en el lance, y eso te debe parar un poco; pero no es nada, ya verás; ¡en cuántos me he visto yo y estoy bueno y sano! Espero que otro tanto te suceda.

Mientras llegaba la hora de la marcha, M. Jacquin no cesaba de dar á Valeriano instrucciones y consejos.

— Pon mucho cuidado en esto, le repitió muchas veces; trata de que tu adversario tire antes. Te adelantas á él lentamente, paso á paso y haciendo que le apuntas á cada instante. Así le obligarás á soltar el tiro. Tú eres delgado y estoy seguro de que no te toca. Entonces tú tirarás á tu gusto, sin segunda intencion, y al diablo si no se cae redondo.

El jóven le escuchaba en silencio con aire distraido : M. Jacquin se engañó sobre la causa de su preocupacion.

— ¡Cómo! le dijo, ¿el corazón te da muchos latidos?

Valeriano sin responder le tomó la mano y se la llevó al corazón.

— ¡Enhorabuena! repuso M. Jacquin convencido de su error; ni una pulsacion mas que de costumbre. Pero entonces ¿qué tienes?

— Estoy pensando, comandante, en pedir un servicio y no me atrevo temiendo afligiros.

— ¿De qué se trata?

— He escrito esta noche algunas cartas y quisiera que os encargárais de entregarlas en el caso que me sucediera una desgracia.

— Te digo que nada te sucederá.

— Así lo espero también, comandante; pero en fin, bueno es ponerse siempre en lo peor.

— Muy bien, muy bien, me encargo de tus papeles, aunque estoy seguro de devolvértelos : dámelos.

— Gracias, dijo Valeriano entregándole las cartas.

— Está bien, repuso M. Jacquin metiéndolas en su bolsillo sin mirarlas. ¿Nada mas tienes que pedirme ahora que estamós solos?

— Una sola cosa, comandante.

— ¿Y cuál es?

— El favor de que me deis un abrazo.

El comandante tomó al jóven en sus brazos y le estrechó un instante sobre su corazón con el mayor enternecimiento.

Pero en breve triunfó de su emoción y separando de sí á Valeriano le dijo :

— Basta, basta, oigo que llaman, y es tu segundo padrino. Firmeza ante todo, hijo mio, se trata de la honra.

— No tengais cuidado, comandante.

El mayor entró, dió un apretón de manos al comandante y saludó á Valeriano que le dió las mas cumplidas gracias. Enseguida subieron todos en un coche que M. Jacquin habia ajustado la víspera y salieron para el bosque de Ville de Avray, que era el lugar de la cita.

Al llegar encontraron al conde con sus padrinos.

— Señores, no son las nueve, dijo M. Jacquin sacando su reloj; habeis venido antes del tiempo señalado.

— Un cuarto de hora al ménos, respondió cortesmente el conde.

Y entraron en el bosque.

El aire estaba frio y el cielo encapotado.

Después de haber andado un rato se detuvieron en una plazoleta donde desembocaban cuatro anchas alamedas y se ocuparon de los preparativos del combate. Medidas las distancias se echaron suertes sobre la eleccion de las pistolas.

— ¿Cara ó cruz? dijo uno de los padrinos del conde tirando una moneda al aire.

— ¡Cara! dijo M. Jacquin.

Cara fué. M. Jacquin presentó sus pistolas que fueron cargadas en común.

— Ahora la eleccion de puestos, dijo el padrino del conde arrojando otra vez la moneda al aire; ¿cara ó cruz?

— ¡Cruz! dijo M. Jacquin.

Y ganó igualmente.

M. Jacquin vió en estos favores de la fortuna un presagio feliz. La alameda que se habia elegido para lugar del combate formaba una cuestecilla : M. Jacquin colocó á Valeriano en la parte baja; el conde, en la parte alta, se hallaba mas á la vista, y por consiguiente era mas fácil acertarle.

Cuando entregaron á cada combatiente su pistola sin armar, M. Jacquin á quien su edad y su grado habian valido la consideracion de arreglar los pormenores del lance, dijo con una voz fuerte y sonora :

— Señores, sabido es lo que hay que hacer; cada uno tirará cuando guste. Cada uno puede llegar á su límite ó detenerse en el sitio desde donde haya disparado. Atencion : ¡armen!

Los dos adversarios llevaron la mano al gatillo de la pistola.

— ¡Adelante!

El conde dió un paso y apuntó á Valeriano; este marchó rápidamente sobre el conde con la pistola levantada. El conde dió otro paso apuntando de nuevo al jóven, que no por eso detuvo su marcha.

Todo el mundo temió una catástrofe. El comandante que habia asistido sin terror á cien batallas temblaba.

Valeriano seguia andando presentando el pecho; ya estaba solo á dos pasos de su límite y á quince ó diez y seis del conde, que tambien habia adelantado un paso. Este creyendo que Valeriano queria matarle lanzó una mirada á sus amigos como para tomarlos por testigos de la necesidad en que estaba de defenderse, y soltó el tiro.

Valeriano adelantó dos pasos mas y luego cayó sobre sus rodillas.

— ¡Pobre hijo mio! exclamó M. Jacquin precipitándose á él; ¿dónde estás herido? ¿en el pecho? Mayor, mayor.

El mayor examinó la herida, meneó la cabeza y dijo al oído del comandante :

— ¡Está perdido!

M. Jacquin se ocultó el rostro con desesperacion entre sus manos y guardó silencio un instante, luego de repente se lanzó hácia el conde, con los ojos encendidos de furor y con una voz rabiosa le dijo :

— Ya comprenderéis que esto no puede quedarse así; habeis matado á mi hijo, y tengo que vengarle : mi vida ó la vuestra.

— Caballero, respondió el conde con calma, estoy á las órdenes de mis padrinos.

— Ese desafío es imposible, exclamó uno de estos; en nada ha faltado el conde; aun ha hecho mas de lo que debia, pues solo ha tirado para defenderse.

M. Jacquin iba á replicar con violencia, cuando oyó la voz de Valeriano.

— Comandante, le dijo este al verle cerca; mirad mi pistola.

— ¡No está armada! exclamó M. Jacquin estupefacto. ¡No queria tirar!

Valeriano hizo un ademán negativo.

— ¡Ah! caballero, dijo el conde que habia visto y oido lo que acababa de pasar, me dáis un sentimiento que me durará toda la vida.

— Nada sintais, respondió Valeriano; me habeis ahorrado un suicidio. Dadme la mano y perdonadme el mal que haya podido hacer, como yo os perdono mi muerte.

El conde estrechó con una dolorosa emoción la mano del jóven; todo el mundo tenia el corazón oprimido. M. Jacquin lloraba amargamente.

— Adios, comandante, repuso Valeriano con voz apa-

gada; no olvideis mis cartas... ¡Adios, Eugenia!... ¡mi madre!... ¡Agata!

Y expiró.

Su último deseo fué cumplido. Reposó cerca de Eugenia en el cementerio de Kadoré; un rosál blanco adorna la sepultura.

Su infortunada madre no les sobrevivió largo tiempo y murió pronunciando sus nombres. Sus restos fueron reunidos con los de sus hijos.

F. M.

FIN.

Fiesta en el Hotel-de-Ville.

La fiesta que se dió el 14 del mes último en el Hotel-de-Ville fué magnífica. El prefecto del Sena M. Haussman quiso celebrar á su vez el tratado de paz, y al efecto invitó á un banquete á los plenipotenciarios, á los ministros y á los mariscales del imperio, abriendo despues las puertas del magnífico Hotel-de-Ville á 900 personas, que fué el número de los convidados. En cuanto al banquete solo fué de 90 cubiertos; tuvo lugar en la sala del trono, y fué servido con magnificencia y esplendor, dejándose oír de intervalo en intervalo una orquesta que tocó piezas escogidas, nuevas la mayor parte.

Al levantarse de la mesa los convidados pasaron á la sala de espectáculo improvisada al efecto, y donde habia ya reunida mucha gente. Esta sala estaba brillantemente decorada, las tapicerías eran blanco y oro, y su iluminacion consistia en veinte preciosas arañas de infinitud de bujías cada una, que mentian perfectamente la mas hermosa luz del dia.

En el fondo se levantaba un bello teatro. En cuanto á la orquesta que dirigia M. Pasdeloup, se hallaba oculta entre un bosquecillo de follaje, de rosas y de camelias.

Consistió el espectáculo, primero en una ópera cómica de Scribe — y no por cierto de sus mejores producciones — puesta en música por Auber, titulada *Un concierto en la corte*. El reparto era el siguiente :

El príncipe, M. Riquier Delaunay.

Victor, M. Jourdain.

Astuccio, M. Mocker.

Adela, Mlle. Carolina Duprez.

Carlina, Mlle. Lefebvre.

Todos los artistas pertenecen á lo mas selecto de la compañía de la Opera cómica. En cuanto á los coros, fueron los del Conservatorio.

En el concierto que figura en la ópera, se ejecutaron y cantaron las piezas siguientes :

Duo del *Barbero de Sevilla* por la Alboni y por Fauré.

Fantasia en el violín ejecutada por Alard.

Brindis de la *Lucrecia Borgia*.

Fantasia en el contrabajo por Bottesini.

A pesar de que la reunion era de etiqueta, todos estos artistas fueron muy aplaudidos, pero se llevó la palma y obtuvo un triunfo completo el concertista Bottesini que ejecuta verdaderas maravillas en el contrabajo. Este ingrato instrumento es, en manos de Bottesini, una flauta, un piano, un coro de voces angélicas. Ni se puede hacer mas ni hay ya mas allá. El rey de los concertistas alcanzó la ovación mas verdadera y justa que puede darse.

El espectáculo terminó con las siguientes danzas :

Vals por Mlles. Villiers, Rousseau, Malhet, Cretin, etc.

Paso bailado por Mlle. Rosati y Poussin.

Paso de las flores por Mlle. Conqui.

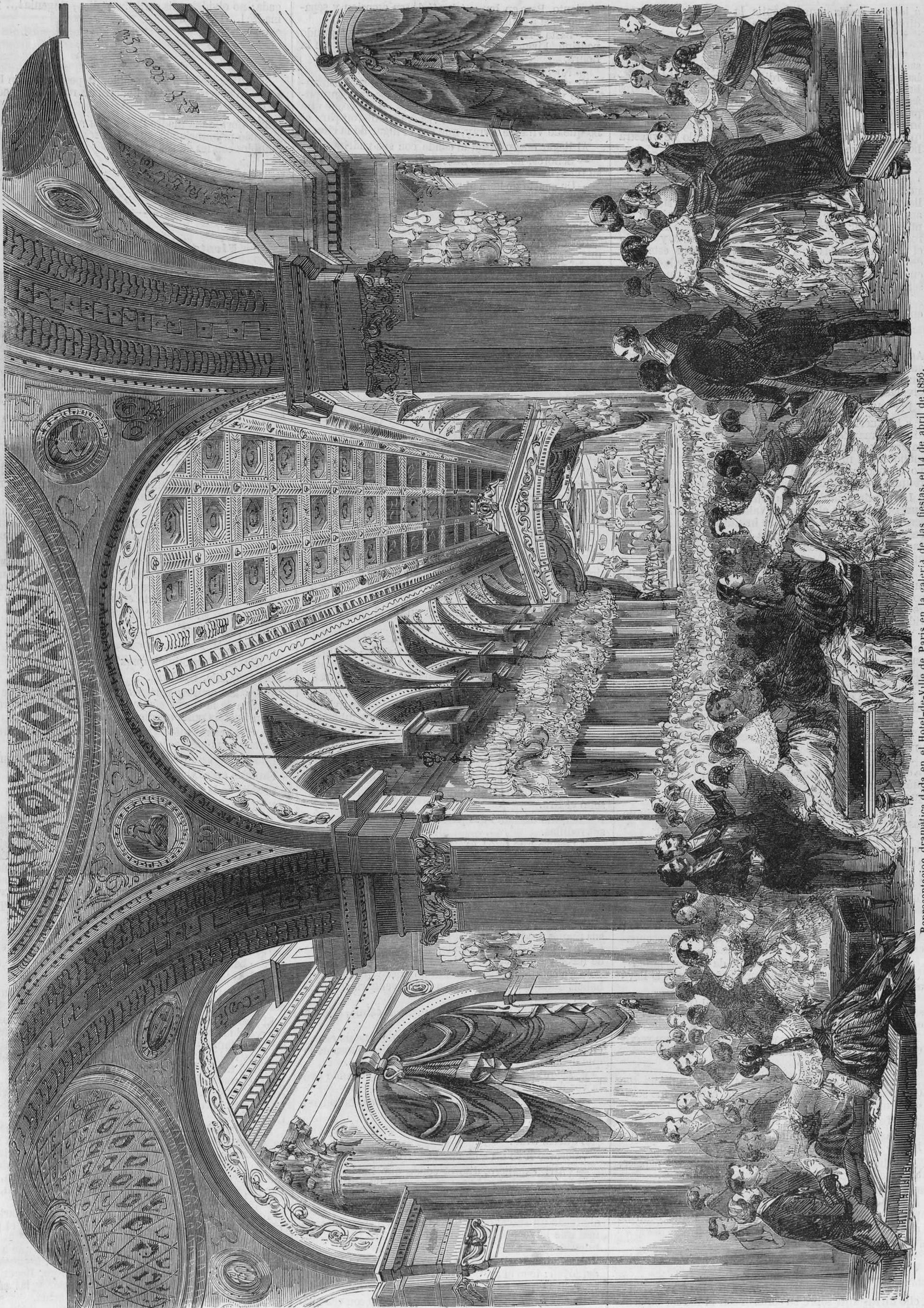
Paso á dos de la *Esmeralda* por la Rosati y la Merante, dos de las mejores bailarinas de la Opera.

El prefecto del Sena y su señora tuvieron el gusto de ver reunida en sus salones á la mejor sociedad de Paris, así como tambien á los extranjeros de mas distincion que hoy residen aquí. Los plenipotenciarios estaban todos, lord Clarendon, el baron de Manteuffel, el conde de Buol, el conde de Cavour, el conde Orloff, Aali-bajá, el conde Waleski, etc., etc. Tambien estaban los mariscales Canrobert, Bosquet, Magnan y el ministro de la Guerra.

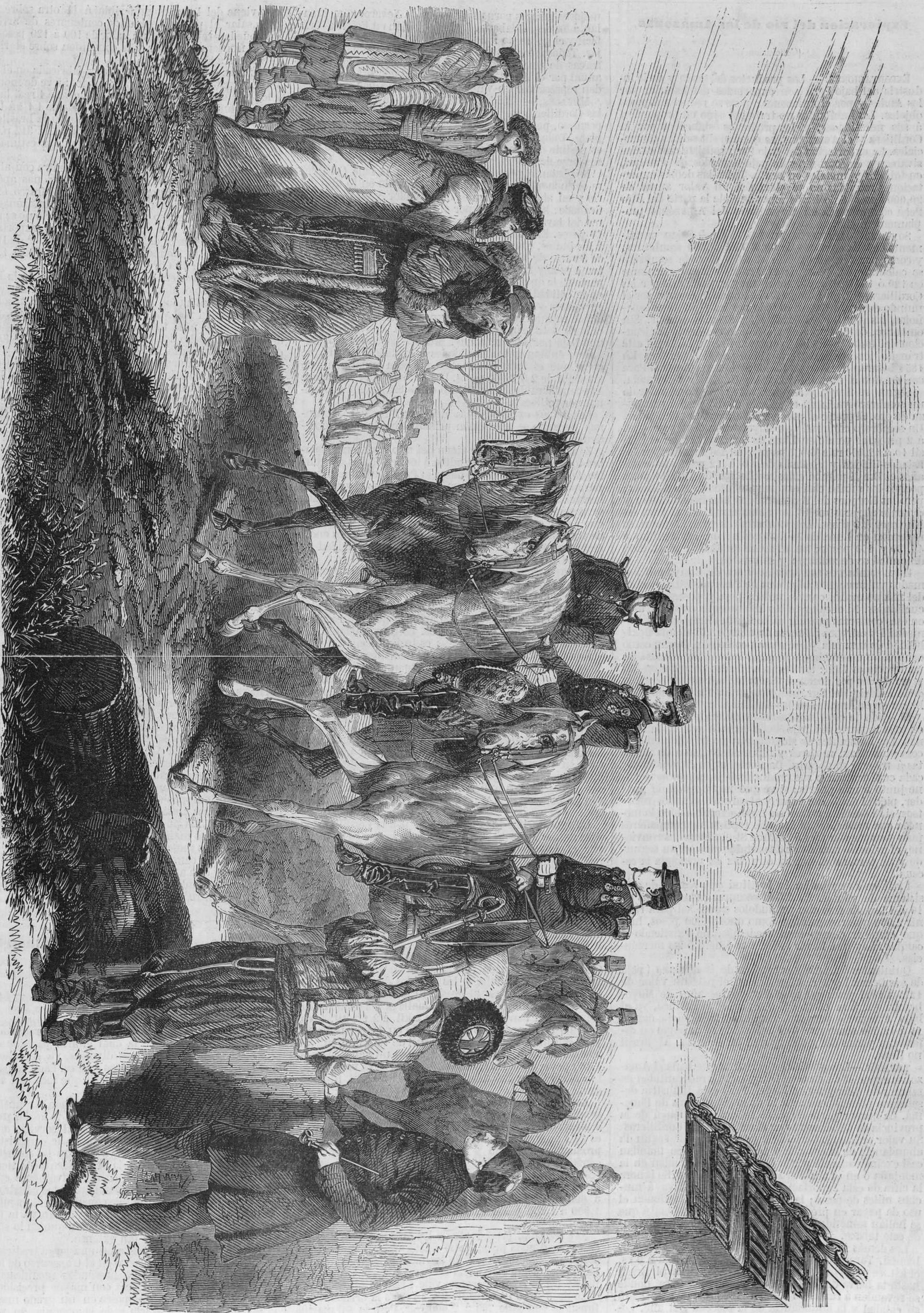
Habia tambien muchos españoles. Entre las damas se contaban las señoras condesa de Montijo, duquesa de Alba, condesa de Sciafani y la hija de María Cristina, casada con el príncipe de Czartoriski. Tambien estaban allí el excelentísimo señor D. Salustiano de Olózaga, el Excmo. señor conde de Reus, el general Barcastegui, el general Narvaez, Gonzalez Bravo y algun otro.

Todos los caballeros, incluso los plenipotenciarios, vestian de frac. La mayor parte de ellos llevaban el pecho cubierto de condecoraciones.

Entre las ilustraciones literarias y artísticas que asistían á esta fiesta, figuraban Scribe y Auber, los autores de la ópera, Alejandro Dumas, Florentino, Roger de Bauvois, Augusto Maquet, Teófilo Gautier y las célebres trágicas Adelaida Ristori y Mlle. Rachel.



Representación dramática dada en el Hotel-de-Ville de Paris en la galería de las fiestas, el 14 de abril de 1856.



Recepcion del señor general Niolfpor el effendi de Baga en el valle de Bairdar.

Exploracion del rio de las Amazonas.

(Conclusion.)

EXPORTACIONES. — Los productos del suelo y de la industria del bajo Perú son exportados del exterior por los Andes y por el Amazonas; pero se reducen á pocos objetos. Los habitantes no trabajan sino en proporcion á sus necesidades, y los productos estancados por la Cordillera y el Amazonas, se quedan sin salidas comerciales. La exportacion del bajo Perú consiste casi exclusivamente en sombreros de paja llamados *de Panamá*, en tabacos y metales en bruto. Todas las demás exportaciones reunidas no se elevan á un valor anual de 20,000 pesos. Solo hablarémos aquí de la parte del bajo Perú comprendida en el territorio del Amazonas propiamente dicho.

SOMBREROS LLAMADOS DE PANAMÁ. — Salen anualmente de esta comarca de 60,000 á 80,000 sombreros, y como por término medio el valor de cada sombrero se calcula en 2 pesos, la exportacion puede calcularse en 120 ó 160,000 pesos. En su mayor parte sale por las Cordilleras y baja á Lima desde donde se esparce por el mundo entero, pero sobre todo por las repúblicas españolas, las Antillas, el Brasil y los Estados del Sur. Sin embargo, desde hace dos años, esto es, desde la ejecucion del tratado concluido entre el Perú y el Brasil este tránsito tiende á hacerse tambien por el Amazonas. En 1834 bajaron el rio unos 15,000 sombreros hasta el Para con destino al Brasil, los Estados-Unidos y la Francia.

Segun la finura y regularidad del tejido el valor de un sombrero varia en el país de medio peso á una onza de oro. El precio es poco variable, pero tiende á subir. Un sombrero comprado en Moyobamba de 1 peso 4 rs. á 2 pesos, se vende en Lima de 4 á 5 pesos; en el Brasil 10 á 12,000 reis (6 ó 7 pesos); en las Antillas, en los Estados-Unidos y en Paris de 10 á 12 pesos. Hace dos años el Brasil pagaba estos sombreros de 12 á 14 pesos porque los sacaba casi exclusivamente de las Antillas; pero las llegadas del Amazonas les han hecho bajar, y durante algunos meses su abundancia en el Para les hizo caer á 3 pesos. Los sombreros de 13 á 17 pesos, se revenden en Lima de 30 á 35 pesos; en las Antillas á 45, 50 y 100 pesos; en el Brasil de 63 á 81 pesos. Con dificultad se encuentran y se venden.

Estos sombreros son iguales á los de Guayaquil llamados vulgarmente *sombreros de Panamá*. Están hechos del mismo modo, con la misma paja y poseen iguales cualidades. Ni el calor ni los insectos que devoran todo en esas comarcas pueden nada contra ellos; solo la humedad les estropea á fuerza de tiempo. Tienen la flexibilidad de una tela y blanquean como ella. Duran como ocho veces un sombrero de paja de nuestros climas. Su transporte es fácil; los llevan en fardos plegados en dos y arrollados por docenas. Es la industria mas preciosa de la América del Sur, industria que seria fácil de establecer en la Argelia, en las Antillas y en la Guyana.

El tejido de estos sombreros se extiende poco á poco en toda la parte del bajo Perú bañada por el Amazonas. Los habitantes de Moyobamba no trabajan en otra cosa; hombres, mujeres y niños se sientan á las puertas á trenzar sombreros. De noche salen á venderlos; cada cual ocultando sus productos bajo su *puncho* se pone junto á una puerta; si ve que hay ocasion de vender, pide el doble del valor y al cabo de muchos regateos, si se decide á cerrar su trato, examina bien la moneda que recibe, operacion que repiten sus compañeros pues siempre son tres ó cuatro. Si el dinero les conviene, el primero saca de su inagotable *puncho* un segundo y un tercer sombrero y otra vez se principia la escena.

Fácil es comprender la lentitud que resulta de este sistema de ventas. Es difícil comprar cada dia mas de 10 ó 15 sombreros aun pagándolos caros. Así para reunir 2,000 que representan como unos 4,000 pesos, hay que emplear cuatro meses; además, no existiendo el cambio, hay que llevar encima el dinero ó las mercancías.

Quinientas ó seiscientos arrobas de *bombonaxa* (paja de sombreros) que representan en el país un valor de 1275 á 1377 pesos se exportan todos los años de Moyobamba ya á la costa del Perú sobre el Pacifico, ya al bajo Amazonas peruano. Esta exportacion debe dar de 10 á 12,000 sombreros que enseguida se trabajan en diferentes partes del globo, y aun en Francia. Al Brasil no llega.

TABACOS. — Las provincias peruanas que baña el Amazonas exportaban en otro tiempo una gran cantidad de tabacos de diferentes calidades. Pero esta industria desaparece poco á poco ante la de los sombreros de Panamá. La mayor parte de estos tabacos provienen de la provincia de Chachapoyas en el centro de las Cordilleras. Su valor ordinario varia de 2 á 4 rs. el kil. segun la abundancia de la cosecha ó de los pedidos. Se mandan casi exclusivamente por la Cordillera y se venden en la montaña ó en el alto Perú que los consumen. Se ignora la cifra de esta exportacion local, pero se eleva á muchos miles de pesos; la hacen los indios que tienen el uso de pagar en productos el importe excepcional á que se hallan sometidos. Despues el gobierno peruano vende este tabaco.

Los demás tabacos, los procedentes de Xeveros, Moyobamba, Tarapoto y cuyo valor varia de 1 real á 3 rs. el kil. se exportan por el Amazonas y bajan al Brasil hasta la barra del Río Negro y aun hasta Para, donde se revenden á razon de 1,000 á 2,000 reis el kil. segun su calidad y la abundancia de la cosecha del año. Los

mejores tabacos peruanos son los de Xeveros que igualan á los de la Habana. Su importacion en Francia seria fácil y el gobierno hallaria en su venta grandes ventajas. Todos estos tabacos se transportan y venden en mazorcas de una á dos libras, apretadas. Su exportacion anual por el Amazonas será de 4 á 5,000 kil. que pueden representar un valor local de unos 1,000 pesos.

METALES. — Casi todos los metales se encuentran en las Cordilleras que forman el territorio del Amazonas peruano, pero apenas se explotan otros que el oro y la plata. Toda esta exportacion se hace por el Pacifico. No es posible dar una cuenta exacta tanto mas cuanto que se ejerce de un extremo á otro del bajo Perú.

No obstante sobre el Amazonas y en la baja Cordillera se encuentra oro en polvo que lavado en lo alto del rio y en algunos afluentes del Ecuador y de la Nueva-Granada, baja al Brasil por el rio. En los mismos lugares del lavado el precio de la onza de oro varia de 10 á 16 pesos. En Santiago y sobre el Pastaza el oro se paga á los indios, que son los únicos que lavan allí, á razon de 8 varas de *tocuyo* (lienzo tosco del país) que representan 1 peso y 2 rs. á 2 pesos, el *castellano* que es la sexta parte de la onza, ó sea de 7 á 12 pesos la onza. Este oro es de calidad inferior y se halla mezclado de arena. Se encuentra y se exporta en granos como la pólvora. Es difícil calcular la cifra de la exportacion de este oro procedente del Perú, del Ecuador y de la Nueva Granada que baja por el Amazonas. Muchos peruanos y portugueses envian cortas cantidades y lo disimulan. Es de creer que el total de la salida no pasa anualmente de un valor de 2 á 3,000 pesos. Los envíos de la Cordillera son considerables tanto en oro como en plata y se cuentan por millones.

Las demás exportaciones del territorio del Amazonas peruano se componen principalmente de estos artículos:

ZARZAPARRILLA. — Proviene del alto Amazonas y sobre todo del Aucayale; vendida á los brasileños del centro Amazonas baja el rio hasta el Para de donde pasa á Europa. En la parte peruana del Amazonas el precio de la arroba de zarzaparrilla varia de 6 á 8 pesos; en el Para se revende de 11,000 á 18,000 reis. La poca diferencia que existe entre estos dos precios, á pesar de los gastos de transporte y demás, es debido á las variaciones enormes que sufre el mercado del Para y á la diversidad de las medidas de ambos países.

La zarzaparrilla del Aucayale rivaliza en el mercado de Belem con la de Santarem, que pasa por la mejor del Amazonas. Llega apretada y envuelta en fardos de 1 arroba. Esta exportacion del Perú al Brasil puede elevarse, año ordinario, á 1,000 arrobas que representan un valor local de 7 á 8,000 pesos. Es muy variable. La exportacion por las Cordilleras es insignificante.

HAMACAS DE CUERDA Ó TUCU, procedentes sobre todo de la parte baja del Amazonas peruano y del Napo. — Estas hamacas hechas por los indios con una planta retorcida en cuerda, se exportan principalmente por el Amazonas. Hay dos especies de hamacas cuyo precio varia segun el trenzado. Las hamacas prietas valen de 20 á 40 pesos en el país, y se revenden en el Para de 30,000 á 100,000 reis (de 31 1/2 á 63 pesos); las hacen los blancos. Las de redecilla se venden de 3 á 4 rs. segun su tamaño y se revenden en el Para de 1,500 á 3,000 reis. Sirven como hamacas ó se convierten en redes de pescar. Los indios salvajes las tejen, las cambian con los blancos del Amazonas por cuchillos, pañuelos, etc.

La exportacion de estas hamacas por la Cordillera no pasa anualmente de 200 á 400 pesos; la que tiene lugar por el Amazonas puede elevarse de 4,000 á 5,000 hamacas representando un valor de 2,000 á 4,000 pesos.

La hamaca es la cama y á veces el único mueble usado en las orillas del rio, y la de *tucu* tiene sobre la otra la ventaja de la baratura, la duracion y la frescura. Por estos títulos es en la ribera uno de los principales objetos de comercio y se fabrica en casi todos los afluentes del gran rio. Además es casi la única industria de las tribus indias del interior.

SALADO procedente del Amazonas y del Aucayale. — Casi todo este pescado salado sube el Amazonas para alimentar Moyobamba y los pueblos de por allí; una parte muy corta pasa al Brasil. El precio del *salado* varia sobre el Amazonas entre el Huallaga y Tabatinga de 1 cuartillo á 1 medio la pieza de 2 kil. á 2 1/2 kil. ó sea de 3 á 7 céntimos la libra. Se vende en Moyobamba 30 y 50 céntimos la libra, en el Brasil de 10 á 30 cént. De 2,000 á 4,000 arrobas que representan un valor de unos 1,400 pesos pasan la frontera brasileña y se venden sobre el rio desde Tabatinga hasta la barra del Río Negro.

ACEITE DE HUEVOS DE TORTUGA Y DE VACA MARINA, procedentes del Amazonas y del Aucayale. — Estos dos aceites tienen el mismo sabor; sin embargo, el último es generalmente mas estimado. La mayor parte de este producto sube el rio y abastece Moyobamba, etc., ó se consume en las mismas orillas del rio. — La *frasqueira* (28 litros) vale 2 pesos en el Amazonas peruano; en Moyobamba unos 5; en el Brasil de 3,500 á 8,000 reis. 500 á 600 *frasqueiras* que representan un valor local de 1,000 á 1,200 pesos se exportan cada año del Perú al Brasil.

SAL MINERAL procedente de las orillas del Huallaga ó de las montañas próximas. — Este artículo que en razon de su abundancia y de las facilidades de la explotacion deberia bajar hasta el Para, apenas entra en el Brasil. En la ribera peruana vale 1 real la piedra ó pedazo de 8 á 10 libras y de 2 á 3 reales la arroba. En el Brasil se vende de 700 á 2,000 reis. Pero la sal marina

que viene del Para es preferible á la otra sobre todo para salar el pescado. Algunos centenares de arrobas que pueden representar un valor de 100 á 120 pesos pasan la frontera brasileña y se consumen sobre el rio de Tabatinga á Egas.

TOCUYOS. — Tela de algodón tosca fabricada en el país y procedente de Tarapoto, Lamas, etc. Sirve de moneda á los pueblos aborígenes. Esta tela que vale 1 real la vara en el lugar donde se fabrica se vende de 1 1/4 á 1 1/2 en la orilla peruana y de 3 á 400 reis en la brasileña. 1,000 á 2,000 varas que representan de 125 á 312 p. 4r. penetran anualmente en el Brasil, donde se estima esa tela por su solidez.

COPAIBA. — Este bálsamo que se encuentra con abundancia en casi todos los afluentes del Amazonas apenas se explota en el Perú por falta de salida. El frasco (2 litros) de copaiba vale medio peso sobre el Amazonas peruano. Pero anda escaso y á ménos de pedirlo no se reunirían 10 frascos. Sin embargo, cada año exporta el Perú 200 á 300 frascos de copaiba por un valor de 100 á 150 pesos que se venden en el Para de 1,000 á 1,300 reis. No sube por la Cordillera.

CASCARILLA (corteza de quina) procedente de la baja Cordillera. — Solo algunas libras bajan el Amazonas. Los peruanos se hallan en una incertidumbre absoluta sobre la calidad y el valor de la quina que poseen, y su exportacion es nula todavia. Parece que hace algunos años se han hecho dos pruebas de expedicion en grande. La mas reciente la hizo un peruano que dirigió á Londres un cargamento de ese producto; pero las cortezas de calidad inferior no contenian bastante sal para ser explotadas útilmente y fueron vendidas á muy bajo precio. Otra especulacion sobre el mismo artículo de una especie diferente, aunque procedente en parte de las mismas localidades habria dado por el contrario resultados maravillosos y enriquecido al especulador, entónces cónsul de Inglaterra. Asegúrase que vendió á 1 peso la libra de quina que vale ménos de medio en el Para y algunos céntimos en el Perú. Esta expedicion habria provocado otra que fracasó hace seis ú ocho años.

JEBÉ (cautchú) procedente de las orillas del Aucayale y de varios afluentes del Amazonas. — La explotacion se habia limitado hasta el dia á unas cuantas arrobas que se empleaban en la localidad en colchones ó mantas. El precio inaudito á que alcanzó este artículo en Para en estos últimos años, determinó á muchos peruanos á probar ese comercio. Cortas cantidades bajan hoy el Amazonas; pero esta exportacion es insignificante todavia.

Lo mismo puede decirse de la *vainilla*, del *jengibre*, de las *gomas copal* y otros artículos que en pequeñas partidas se exportan á veces del bajo Perú á Lima, así como tambien es aplicable al café, cacao, arroz, judías, maíz, de cuyos artículos algunos centenares de arrobas suben cada año del Perú al Brasil y se consumen sobre la ribera entre Tabatinga y Egas.

Tales son las exportaciones de la parte del bajo Perú que riega el Amazonas. Las que se hacen por la Cordillera son considerables; no hemos podido hacer mas que indicarlas, pues su cifra exacta no es bien conocida. Los envíos por el Amazonas no se elevan á 50,000 pesos anuales. Los beneficios que presentan y que son susceptibles de aumento en una proporcion considerable, son dignos de llamar la atencion. Sin embargo, el comerciante europeo que sale para esos países no debe hacerse muchas ilusiones; las dificultades locales son muy grandes. Así pues, para ir á buscar esos artículos, se necesitan dos meses de viaje, ida y vuelta, saliendo de Lima, y tres meses saliendo de Para, y hay que sufrir fatigas que cansan las fuerzas y la energia mas robustas; hay que atravesar las aduanas del Brasil y soportar las lentitudes que la falta de brazos y los hábitos del país introducen en los negocios.

Exposicion Universal de la Industria.

XXXIV.

EL ARTE PARISIENSE EN LOS METALES FINOS. — LA PLATERÍA.

Entre las diferentes aplicaciones que han recibido los metales finos hay una en la cual el arte parisiense se produce bajo las formas mas diversas, ya sencillo ya enriquecido con los adornos mas lujosos. Fácil es pensar que queremos hablar de la platería que toca casi al dominio del joyero.

El arte del platero considerado y mirado con un favor especial en todos los tiempos y en casi todos los países, principió por los objetos destinados al servicio de los templos; y estas primeras aplicaciones le conquistaron desde su origen un puesto elevado entre las industrias.

En Francia donde la platería brilla hace tanto tiempo, la vemos hasta el siglo XIV casi exclusivamente encerrada en el santuario, componiendo para las catedrales y las abadías aquellos tesoros que constituian el orgullo de los capítulos. En el siglo XIV se comienzan ya la fabricacion de objetos de mesa, fabricacion que en lo sucesivo debia tomar un vuelo tan extenso.

El arte parisiense hereda aquí una larga tradicion de esfuerzos y de triunfos; pero en el transcurso de los siglos la platería ha recibido profundas modificaciones. En el dia establece sus obras con mayor precision que en la edad media, pero no posee en un grado mas alto el sentimiento de la gracia y de la armonía. Su verda-

dero triunfo en el tiempo actual está en haber ensanchado la esfera de su acción y generalizado sus aplicaciones. Los procedimientos se han simplificado pero no hay adelanto ninguno en la perfección de las formas.

Entre los numerosos objetos destinados al culto que figuraban en el palacio de la Industria, las piezas más notables por su estilo y elegancia eran precisamente aquellas en que se traslucía la inspiración del genio de los artistas desconocidos que del X al XIV siglo suministraron a las iglesias los vasos sagrados, las urnas, los relicarios y los ornatos de altar. Para convencerse de esto no había más que examinar la hermosa y rica colección de M. Poussielgue-Rusand, el escaparate de M. Bachelet, diferentes obras expuestas por la casa Triouillier, etc.

La materia propia de la platería es el oro y la plata; pero hoy el oro se muestra rara vez. El arte se ha resentido de las tendencias generales de la producción en nuestra época, de esas tendencias que influyen para ensanchar el campo del consumo, mediante la disminución de los precios. Para alcanzar ese objeto, la platería no se ha contentado con alejarse del oro, ni con usar de la liga de los límites tolerados por la ley, sino que ha tomado á la acción de la electricidad los procedimientos del dorado y el plateado que le aplican hoy por manos tan hábiles. Esto sin contar el sistema de empalmaduras ó embutidos que consiste en colocar una hoja de cobre entre dos hojas de plata.

El plateado galvánico y el embutido de plata son seguramente dos modos de producción muy económicos que cada cual tiene sus ventajas propias. En ambos casos los procedimientos difieren esencialmente. El embutido se trabaja al modo de la calderería; el plateado es por el contrario el resultado de una verdadera combinación química.

La riqueza que se ostenta en ciertas piezas de platería es extraordinaria: todos los adornos son fundidos ó trabajados á mano. Sabido es que las piezas fundidas no podrían tener jamás la finura ni la ligereza de los adornos trabajados á mano. En el primer caso es preciso que el metal tenga cierta consistencia para pasar por la forma, y en el segundo se llega por el contrario á una delicadeza tan grande, que el ornato queda con una gracia inimitable.

Este último modo de fabricación exige más tiempo y cuidados que la fundición. Hé aquí como se procede en el día: Se divide el modelo en partes más ó menos numerosas según la complejidad que ofrecen el relieve y las formas. Se vacía cada una de estas partes; sobre el molde obtenido se coloca una hoja de plata que se va hundiendo poco á poco hasta que toma la forma exacta del molde. A veces las partes son muchas; se suelen tener para una mano hasta diez y doce fragmentos que luego es preciso acerear y unir; pero los perfeccionamientos que ha recibido la soldadura facilitan mucho este método que es una verdadera conquista de la platería moderna.

No trabajaban así Benvenuto, Cellini y los plateros del siglo XVI. Después de haber rechazado la placa de metal por detrás el artista encontraba su asunto en los bultos que había estampado al metal. Bajo el punto de vista de la ejecución el nuevo sistema llega á una perfección tan grande como el antiguo; luego es más sencillo y más pronto; únicamente no deja al cincelador una tarea tan larga. Ambos métodos estaban representados en el palacio de Cristal. Inútil es añadir á estas explicaciones, que no queremos hacer demasiado técnicas, que aun cuando la pieza haya sido fundida, el cincelador tiene trabajo.

Veamos cuantas artes diferentes entran en la platería. Primeramente el dibujante bosqueja el conjunto de una obra, y luego viene el escultor que la da una forma abultada bajo la cual se aprecia mejor su mérito. A veces es difícil darse cuenta por el dibujo, del aspecto ulterior del asunto. Un bosquejo que parece satisfactorio sucumbe á veces en la prueba de la escultura. Hoy que el saber de los artistas tiende á ensancharse cada vez más, no se halla cada cual enervado en su especialidad con tanto rigor como hace pocos años. Ya no se ven artistas como en otro tiempo que habiendo ganado los grandes premios de Roma en escultura, se mostraban incapaces de hacer un buen dibujo. El escultor dibuja á menudo los bosquejos preliminares de la obra que debe modelar; pero, no por esto las dos operaciones dejan de ser esencialmente distintas.

En cuanto al platero él es quien funde la masa y quien procede luego á soldar las piezas trabajadas separadamente. El cincelador da después á la obra la última mano.

Ya hemos dicho al hablar de las obras en bronce que el cincelado ejecutado en las condiciones corrientes no pertenece al dominio del arte propiamente dicho, pero el cincelador debe ser para todo trabajo esmerado un verdadero artista, y aun á veces tiene derecho para reclamar la parte principal en la creación de ciertas obras. ¿Quién pudo poner en duda lo que decimos al contemplar las obras de M. Vécht que hace algunos años pasó al servicio de la platería inglesa? ¿Quién podría dudarlo al ver las obras de los hermanos Fanniére, que rayan tan alto en su arte? ¿Cuántos otros nombres parisienses podría citar en esta brillante industria! Me contentaré sin embargo, con señalar los de MM. Poux, A. Deurbérgue, Mulleret, Honoré, etc.

Los diferentes ramos de que hoy se compone la platería están lejos de reclamar en tan alto grado el concurso del arte, pues no exigen tanto del dibujo, de la escultura y del cincelado. Sin embargo, para toda clase de obras sean corrientes ó esmeradas, se debe recomen-

dar á los plateros que elijan sus modelos con mucho cuidado. Su gusto se revela particularmente en esta elección. Para la platería ordinaria un buen modelo no cuesta mucho más caro que un trabajo inferior, y sin embargo, de la elección del fabricante depende el efecto que producirá su trabajo.

En la Exposición Universal había muestras de todos los géneros de platería. La platería de iglesia figuraba al lado de la platería de mesa, dividida también en muchas especialidades. En cuanto á la platería de arte se hallaba por todas partes, tanto más multiplicada cuanto que carece de destino particular. Unas veces presta el concurso más útil á los otros ramos del oficio para realzar la riqueza y el brillo de sus productos, y otras viene á contribuir directamente al adorno interior de toda habitación suntuosa.

Es muy raro que una de esas aplicaciones diferentes sea tratada por una sola casa. A menudo se encuentran muchas juntas y casi siempre manejadas con ese arte delicado propio de los plateros de París; pero en ninguna parte están todas reunidas sino es en casa de un platero famoso, que la Francia ha perdido hace pocos meses, M. Froment-Meurice.

En la exposición de M. Froment-Meurice se podían examinar y juzgar todas las ramificaciones que forman el dominio de la platería. Además las obras de Froment-Meurice en razón de su carácter estudiado y serio dan lugar á las más útiles observaciones. De las calidades que las distinguen derivan á nuestro juicio las indicaciones más preciosas para el arte: sus obras tienen ese sello del genio que envuelve y disimula los defectos secundarios. La platería de París es demasiado inteligente, cuenta á su cabeza hombres de un gusto demasiado sano y experimentado para no saber sacar partido de los buenos ejemplos.

Una de las calidades más apreciables de Froment-Meurice era la de introducir en cada una de sus obras un pensamiento muy claro que reflejaban después todas las piezas del asunto, aun las más secundarias. Así cada obra suya significaba alguna cosa. Para no aminorar el interés del asunto principal, el hábil platero se abstenia escrupulosamente de poner en relieve detalles susceptibles de disminuir el efecto del conjunto.

Sabía muy bien que es preciso observar una graduación en el empleo de los artículos aplicados al ornato. Así, siempre que ponía en escena la figura humana, tenía buen cuidado de reservarla el primer punto. Cuidadoso observador del orden natural colocaba en torno del hombre los animales, los árboles, las plantas, los adornos de fantasía, sabiendo señalar á cada elemento su lugar legítimo. Cuanto más dotado se halla un ser del sentimiento de la vida, más derecho tiene para entrar anchamente en escena. Pero no por esto el artista debe parecer que obedece á una regla inflexible; su propio sentimiento le guía; cuanto más penetrado está de la importancia de los principios, menos se nota que impone reglas á su imaginación y á su gusto.

Estas cualidades sobresalían en Froment-Meurice no solo por la elección de los modelos sino también en los bosquejos preliminares que á veces levantaba él mismo. Veinte ejemplos podrían atestiguar hasta qué punto poseía la ciencia de la composición. En su escaparate del palacio de la Industria se distinguían particularmente cuatro copas, cada una de ellas de un carácter distinto y pertenecientes á un servicio encargado por el señor duque de Luyne. Aquí estaban palpables, digámoslo así, las facultades más eminentes de Froment-Meurice. Cada una de las copas representaba una estación del año; la escultura es de M. J. Feuchere, pero la composición es de Froment-Meurice.

La copa que figura la *Primavera* descansa en un castaño guarnecido de flores; en torno del tronco tres niños tienen en sus manos pájaros y ramas de arbustos en flor. El friso del zócalo representa pájaros volando en las frescas hojas del mes de mayo. La del *Estío* descansa en una encina de una vegetación abundante. Los niños que en cada uno de los grupos son tres, tienen aquí manojos de espigas entre los brazos, y sobre el friso se ven perdices corriendo por los trigos. El *Otoño* está figurado por una cepa de viña y por unos niños con racimos de uvas y copas; en el zócalo se ven pajarillos picoteando en medio de los pámpanos. El tronco de un abeto sostiene la copa del *Invierno*; los tres niños que están al rededor se envuelven en unos paños y sobre el friso huye la caza como espantada por el frío á través de los pinos ó de las ramas despojadas de sus hojas.

En cada uno de estos grupos el pensamiento es diverso y sin embargo una admirable armonía reina sobre las cuatro piezas. Los motivos se parecen en el fondo, pero los atributos que sirven de expresión al pensamiento son tan variados como exactos. La misma concordancia se reproduce en todas las obras de Froment-Meurice. Aun podríamos citar dos grupos de marfil con paños de plata, compuestos por él; un relicario bizantino de plata, ejecutado por las órdenes del Emperador; cálices, cofrecillos, y jarrones ricamente adornados y cincelados con primor.

Froment-Meurice no tenía un tipo exclusivo para todas sus ideas. Se prestaba al deseo de los que le hacían encargos, se penetraba de lo que le decían y sabía manifestar maravillosamente esos pensamientos con formas que eran suyas. Ningun platero supo mejor que él unir á un fondo tomado de una época los accesorios de otro tiempo dándoles el aspecto del siglo correspondiente. Este es un gran talento en las artes y sobre todo en las artes industriales cuya condición esencial es de ser prácticas. A menudo Froment-Meurice se inspiró en

las obras de los siglos XV y XVI; pero siempre comunicaba á los asuntos que tomaba un nuevo gusto y como un prestigio desconocido.

Cuando con elementos diferentes componía un conjunto, su instinto de las leyes de la unidad era un guía seguro que le impedía producir efectos chocantes. Aunque su pabellón colocado en la nave no encerraba todas sus obras, era bastante compuesto para que pudiera considerarse como el resumen de su vida entera. Jamás quizás se había contemplado un conjunto tan vasto de piezas de platería producidas por un mismo hombre.

No sería justo olvidar que M. Froment-Meurice ha sido ayudado por artistas eminentes, ya para el dibujo cuando él mismo no le hacía, ya para la escultura, ya para el cincelado. MM. Lienard y Fossey, etc., para el dibujo, MM. J. Feuchere, Pradier, David de Angers, Geoffroy de Chaume, Jacquemart, etc., para la escultura, MM. Fanniére hermanos y otros muchos para el cincelado, confunden sus talentos en sus obras.

Por variada que fuese la exposición de Froment-Meurice, sin embargo, su carácter principal estaba en la platería de arte. Por lo demás, este ramo contaba en el palacio de los Campos-Eliseos hábiles representantes. Llamaban la atención los escaparates de M. Rudolphi, los de M. Wiese y los de M. Maurice Mayer para ciertos objetos de fantasía. Señalaré también el rico tocador de M. Audot que formaba parte así como otros objetos debidos á diferentes artistas, de los trofeos de la industria parisiense.

Merece particular mención una custodia estilo del Renacimiento, de oro macizo, de 8 kilogramos de peso y enriquecida de diamantes, de rubíes y de esmeraldas, procedente de los talleres de M. Rouvenat que trata con habilidad la platería y la joyería. El pensamiento y el ornato de esta pieza suntuosa se hallan perfectamente concebidos: el ángel de la Fé ocupa el centro; los cuatro Evangelistas están debajo, cada uno con sus emblemas; delante en el pie descansa el cordero pascual de diamantes con una gloria de rubíes. Muchos plateros habían concurrido para obtener el encargo de esta custodia destinada á Méjico.

Otros muchos nombres tendríamos de citar cuando se trata de piezas de arte; pero ya se irán presentando mas naturalmente en otras divisiones de la platería; unos en la platería de mesa, otros en la aplicación de los esmaltes, otros en fin, en la aplicación del dorado y el plateado por los procedimientos galvánicos. Por hoy concluirémos examinando las obras de dos artistas; un dibujante, M. Rossigneux, y un escultor, M. H. Hayet, que ambos obtuvieron un puesto particular en los compartimientos afectados á la platería.

La copa que ocupaba el centro del escaparate de M. Rossigneux fué compuesta según un programa: tratábase de un homenaje que los habitantes del valle del Doubs querían ofrecer á un ingeniero en jefe de puentes y calzadas, M. Parandier. Ahora bien, sabido es que no hay nada más ingrato para un artista que un programa cuyo pensamiento vulgar regularmente le encierra en un círculo estrecho. M. Rossigneux supo triunfar hábilmente de estas dificultades y dió á luz una obra muy hermosa y de un gusto muy puro. Los bajos-relieves, el grupo que sostiene la copa y la figura del centro que representa el Doubs, atestiguan mucho saber y el respeto de las sanas tradiciones.

M. H. Hayet se distingue por el talento y gracia de sus composiciones. En su jardinería, comprada por el Emperador, llamaban la atención los niños que la sostienen, por su actitud ligera y viva. ¿Qué aire á la vez tan suave y tan severo tenían las figuras que adornaban varias pilas de agua bendita de géneros diversos! El grupo de los niños que jugaban con una cabra llamaban también la atención así como el puñal en cuya guarnición se veía la muerte y cuya vaina está rodeada por las alas de un mochuelo.

Establecimiento termal de Vernet-los-Baños (Pirineos Orientales).

El Vernet es un pueblecillo situado á ocho horas de Perpignan en la falda del Canigu, á una hora corta de Villafranca y á dos horas de Prades cuya llanura rica y florida llaman justamente el vergel del Rosillon. De Perpignan se puede hacer el trayecto en carruaje ó á caballo; hay coches públicos que conducen hasta las mismas puertas del establecimiento.

La situación de este pueblecillo es sumamente pintoresca; en el punto más elevado se halla una iglesia desde la cual la vista alcanza á las últimas sinuosidades de la montaña donde brillan las nieves eternas, y baja siguiendo el curso de los arroyos hasta Villafranca donde se estrecha el valle; un camino ancho y hermoso conduce de la aldea al establecimiento de baños; la frondosa arboleda deja descubrir á la derecha el antiguo edificio termal y á la izquierda el pabellón nuevo y la prefectura, bonita casa mandada hacer por un prefecto; estas blancas construcciones se destacan sobre el azul de las cumbres del Canigu.

El establecimiento principal de los baños se halla edificado junto á una roca de donde salen las diferentes aguas termales. Nada puede darse más bonito que el lugar donde los señores de Lacvivier y Couderc han elevado las nuevas construcciones; los árboles, las flores, las aguas vivas todo convida allí al paseo. Aquellos señores, que son dos comandantes retirados, han arreglado el servicio con un orden admirable. El lujo, la elegancia, el placer, lo mismo que el estudio, la contemplación y la vida modesta encuentran allí los ele-

mentos necesarios; hay aposentos de todas clases y arreglados á los recursos de cada uno.

La comida es buena, succulenta y hasta delicada; la pesca de mar, las truchas que abundan en las aguas vivas, la caza de toda especie y principalmente las frutas mas sabrosas contribuyen al lujo de la mesa.

El edificio del «Pequeño San Salvador» que Ibrahim-bajá eligió para su residencia mientras permaneció en el Vernet, donde recobró su salud, es una casa grande con dos cuerpos y compuesta de tres pisos sobre el bajo; pueden ponerse en ella hasta 60 camas. Las piezas del primer piso sobre la fachada tienen cada una una puerta con vidrieras que se abre sobre un balcon, y dos azoteas para pasearse. En ese mismo cuerpo de casa debajo de las azoteas se hallan doce gabinetes de baños sulfurosos, con pilas de mármol blanco de Italia; en cada baño hay dos llaves para poder graduar el agua segun las prescripciones del médico. La llave inferior da agua á 35° c., y la otra á 47° c. Esta última se halla mas cargada en principios por manera que al mismo tiempo que se eleva ó baja la temperatura del baño, se puede modificar su fuerza.

Hé aquí un resumen de los trabajos químicos hechos sobre las aguas sulfurosas de Vernet por M. Bouis, profesor de química de Perpiñan :

Anglada distingue por las fuentes números 1, 2, 3, 4, los manantiales conocidos en el tiempo de sus excursiones hidráulicas á Vernet. La indicacion de su punto de emergencia, de su volúmen, de su temperatura, dada por ese inteligente profesor, debe modificarse hoy á causa de los trabajos mandados á ejecutar por los nuevos dueños para conseguir un mejor empleo de sus aguas. Sus caracteres genéricos son siempre los mis-

mos : limpidez, transparencia, sabor fulfuroso con un gusto salino, alcalinidad pronunciada, reaccion enérgica sobre las sales de plata y de plomo, etc.

Las temperaturas dadas por Anglada eran : fuente nº 1, 53° 5 c.; nº 2, 52° c.; nº 3, 53° 625 c.; nº 4, 37° 5 c.

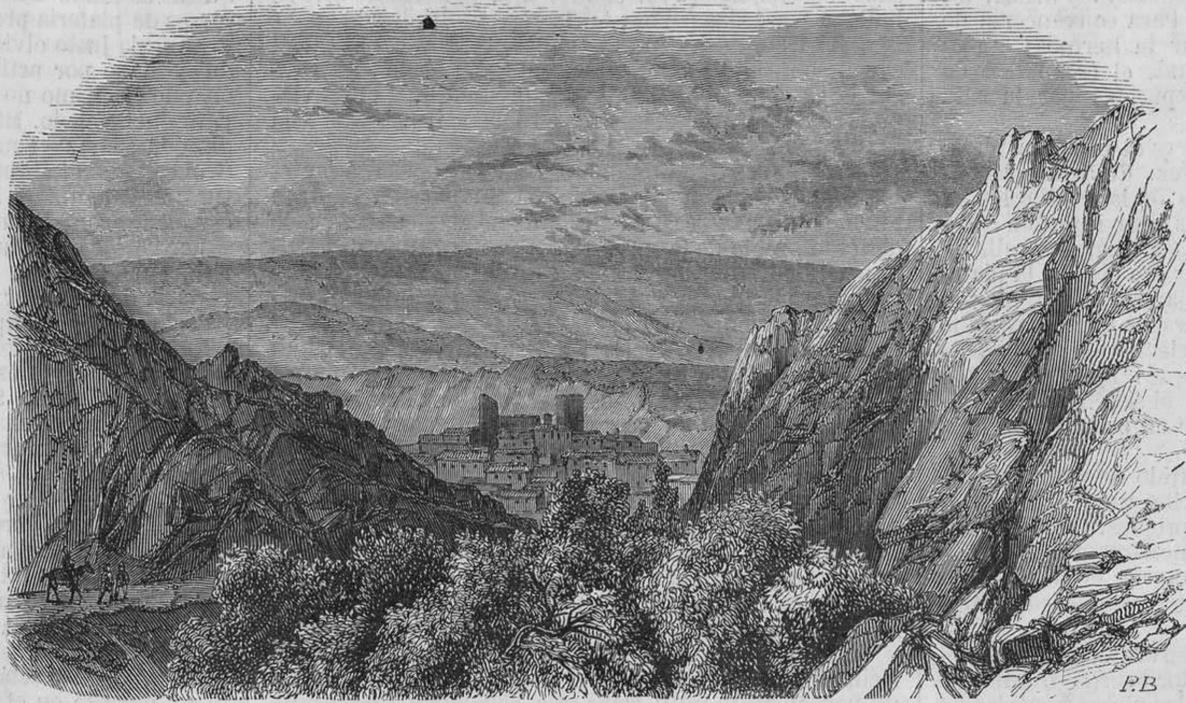
Un litro de la fuente nº 1 contenia :

Glarina	0,0090
Hidrosulfato de sosa cristalizado	0,0593
Carbonato de sosa	0,0374
Sulfato de sosa	0,0291
Cloruro de sodio	0,0121
Sílice	0,0496
Carbonato de cal	0,0008
Sulfato de cal	0,0037
Carbonato de mag-	
nesia señales.	
Pérdida	0,0051

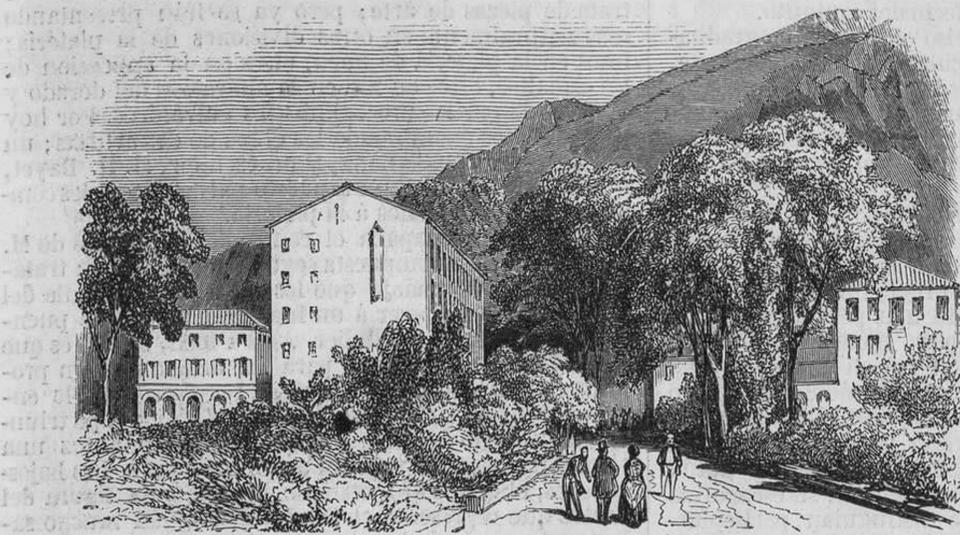
En la noticia que publiqué en 1837 para dar á conocer tres fuentes nuevas que se hallan en el establecimiento del «Pequeño San Salvador» se distinguen estas con los números 1, 2, 3. Los caracteres generales de las tres, son los de las sulfurosas señaladas anteriormente.

Mil gramos de la fuente número 2 contiene segun el análisis :

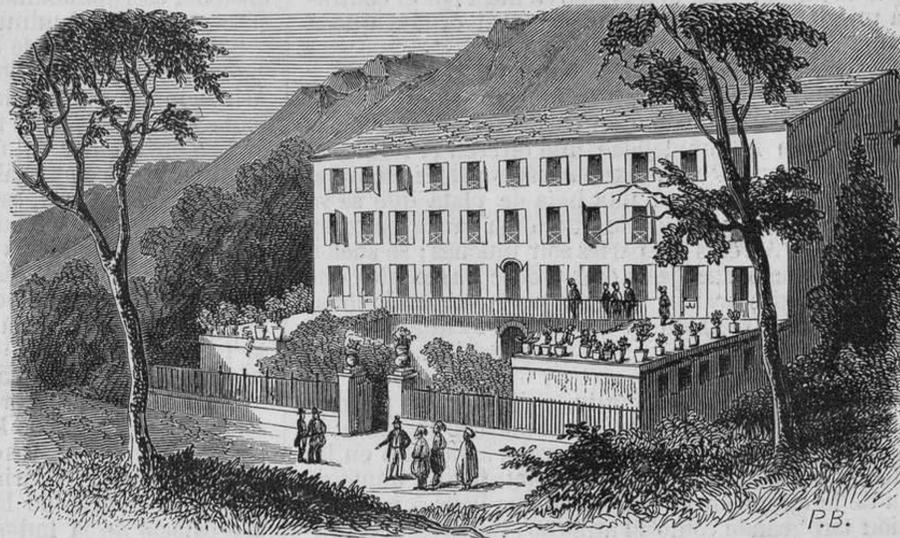
Sulfuro de sodio	0,0406
Carbonato de sosa	0,0730
Carbonato de potasa	señales
Sulfato de sosa	0,0270
Cloruro de sodio	0,0120
Carbonato de cal de	
magnesia	0,0040
Sulfato de cal	
Sílice	0,0600
Glarina	0,0110



Vernet-los-Baños. — Vista general del Vernet.



Entrada del establecimiento.



Pabellon habitado por Ibrahim-Bajá.

Ahora voy a indicar las relaciones del principio sulfuroso determinadas segun el método de M. Dupasquier.

EL ESTABLECIMIENTO VIEJO.

Fuentes números 1 y 2 reunidos (temperatura 58° c.) por litro 400° iodo, deducion 16°, lo que hace 84 miligramos iodo, ó 0,026 124 sulfuro de sodio.

Fuente nº 3, 94° iodo, reducido á 78 miligramos iodo ó 0,024 528 sulfuro.

LA FUENTE DEL PEQUEÑO SAN SALVADOR.

Fuente nº 1 (temperatura 46° 25) 72° iodo, reducido á 56 miligramos, ó 0,017 416 sulfuro.

Fuente nº 2 (temperatura 46° 625) 84 iodo reducido á 66 miligramos, ó 0,021 148 sulfuro.

EL ESTABLECIMIENTO PEQUEÑO.

Fuente Elisa (temperatura 33° 375) 42° iodo, reducido á 26 miligramos iodo, ó 0,008 086 sulfuro.

Fuente Fuerte (temperatura 45° c.) 64° iodo, reducido á 48 miligramos iodo, ó 8,044 988 sulfuro.

Perpiñan 23 de mayo de 1841.

Firmado Bouis.



Edificio principal del establecimiento.

Extracto del informe del doctor FONTAN encargado por el ministro de Comercio y de Obras públicas de analizar las aguas minerales de los Pirineos.

Las aguas del Vernet deben colocarse en la clase de las aguas sulfurosas naturales; compónense de sulfidrato de sulfuro de sodio, que forman su principio mas

activo, de sulfato de sosa, de cloruro de sodio, de silicato de sosa y de un poco de carbonato de sosa; además contienen señales de cales, de magnesia, de hierro y de aluminio.

Anglada y M. Bouis han dado un buen análisis de estas aguas, y yo no difiero de opinion con esos autores sino en que no han admitido la sosa mas que al estado de carbonato, en tanto que existe principalmente al estado de silicato, y que la que existe al estado de carbonato es en pequeña proporcion; además yo he hallado que esas aguas contenian señales de hierro, lo que esos señores no admiten.

El cuadro de la página siguiente indica la proporcion del principio sulfuroso.

Si las propiedades químicas análogas de las aguas cuando las temperaturas son casi las mismas, permiten establecer alguna analogía entre los manantiales de una localidad y los de otra, diré que las fuentes del Vernet

tienen una gran relacion con las del grupo del Este de Cauterets; la fuente nº 2 del vaporarium tiene analogía con las fuentes de Pausa y de Bruzaut, y las del jardín cuando están en el edificio nuevo, la tienen con las de Bruzaut-los-Baños. En cuanto á la fuente Elisa tiene la mayor analogía con las del «Pequeño San Salvador» de Cauterets.

Segun estas analogías se ve que se pueden aplicar las aguas de la fuente del vaporarium para los reumatismos crónicos y las enfermedades escrofulosas; las del edificio nuevo para los reumatismos nerviosos y las de la fuente Elisa para las afecciones nerviosas propiamente dichas y las metritis crónicas indolentes.

Firmado A. FONTAN.

El edificio viejo que data de 1007 contiene aposentos tanto mas cómodos para los enfermos, cuanto que hay una escalera al abrigo del aire exterior que conduce directamente á las antiguas termas; treinta cuartos están calentados por el aire que circula en un sistema de tubos organizado para ese uso y que da una temperatura igual y constante á los aposentos y á los corredores. Es el único establecimiento termal donde los enfermos pueden habitar durante el invierno para su cura.

Bajo una hermosa bóveda gótica los comandantes han hecho construir un vaporarium que se compone de ocho gabinetes ó sudaderos alum-

brados por una cúpula de cristales, donde se administran con el mayor cuidado los vapores secos y húme-

dos. Los enfermos pueden si lo desean respirar el aire exterior sin el menor peligro de enfriarse por medio de un tubo de goma elástica con una embocadura de marfil, que la persona que se baña, cuyo cuerpo todo está sometido á la acción del vapor hidro-sulfúrico, lleva ella misma á sus labios.

El vaporarium es una sala circular; al rededor hay ocho gabinetes que forman sudaderos aislados donde el enfermo sentado en un enrejado recibe los vapores que salen de los basamientos y que calientan gradualmente la atmósfera hasta el punto ordenado por el médico. La fuente que alimenta el vaporarium sale de la misma roca en que está apoyada la bóveda. Esta fuente tiene ocho centímetros de diámetro y 56° c. de temperatura. (Véase el cuadro analítico para juzgar de su principio mineralógico.)

Sobre el vaporarium los propietarios han establecido un salon caliente donde se puede leer, escribir, hablar, jugar y dormir la siesta, mientras se respira el vapor



Plaza mayor del Vernet.

CUADRO QUE INDICA LA PROPORCION DE LOS PRINCIPIOS SULFUROSOS.

NOMBRES.	TEMPERATURA.	YODO por un LITRO.	SULFURO de SODIO.
1º Fuente nº 2 del vaporarium.	56º,00	0,080	0,0248
2º Fuente nº 1, el grifo.	53º,55	0,072	0,0223
3º Fuente superior del jardin. . .	45º,20	0,060	0,0186
4º Fuente de la cochera.	41º,00	0,058	0,0180
5º Fuente inferior deljardin. . .	51º,30	0,052	0,0161
BAÑOS DE LA CASA NUEVA.			
6º Fuente superior del jardin. . .	43º,00	0,044	0,0136
7º Fuente inferior del jardin. . .	35º,00	0,032	00,099
BAÑOS.			
8º Fuente Elisa	33º,40	0,034	0,0105

hidro-sulfúrico; es un tratamiento nada incómodo y que produce maravillosos resultados.

El edificio de San Francisco próximo al de las antiguas termas se halla construido sobre una roca que no solo forma su base, sino que entra en parte en la economía de la construcción. Su aspecto aéreo y pintoresco tiene algo que sorprende y agrada á la vez. Compónese de dos pisos, sin contar el bajo. Una ancha escalera construida en la roca conduce al salon de reunion del establecimiento que, con otro destinado al juego, ocupa



El sudadero.



La fuente de la Condesa.

todo el primer piso. Esta vasta pieza alumbrada por ocho balcones, adornada y amueblada con gusto, sirve para los bailes y conciertos.

Una hermosa azotea al nivel del salon y guarnecida de naranjos, ofrece la facilidad de pasarse á cielo descubierto y de respirar un aire fresco y embalsamado; la vista abraza todos los jardines del establecimiento, y se extiende de allí hasta el fondo del valle y sobre el pueblecillo del Vernet colocado sobre una cuestasilla en anfiteatro. Debajo de la azotea hay un hermoso comedor, donde se puede poner una mesa de cien cubiertos.

El edificio de la fuente Elisa que está á poca distancia de los precedentes posee un manantial de agua termal cuya temperatura y suavidad producen los efectos mas notables.



La fuente de Castell en el Canigu.

Sabido es que las aguas minerales tomadas en bebida secundan eficazmente para muchas enfermedades el

Los bañistas organizan paseos frecuentes para visitar los alrededores del Vernet. A menudo para evitar el

empleo de los baños y de los vapores, y que en muchos casos operan tambien curaciones. Así cerca de todas las fuentes hay puestecillos donde se da de beber agua. Señaláremos las tres fuentes principales para beber. La primera es la de la Condesa cuyo dibujo damos, á una temperatura de 8° c.; su gusto agradable y sus propiedades digestivas, tónicas y diuréticas la hacen muy apreciable. Como no está muy cargada, pueden usarla hasta las personas mas delicadas. La segunda es la que sale de la fuente Elisa (V. el análisis), y la tercera y mas importante es la de la fuente nº 1 de las antiguas termas que representa, con mayor elevacion de temperatura, las aguas buenas.

cansancio, se manda llevar el almuerzo á un sitio pintoresco y á la sombra; el lugar favorito de las reuniones es la fuente de los Esquierres. Esta fuente situada en el valle de Castell tiene la ventaja de helar el café con leche que se lleva en unos jarros. En el Vernet cada día hay una distracción; se visitan las fraguas de Lahorra y su árbol gigantesco; la gruta de Fulla que es muy notable, la abadía de San Miguel de Cuxa, admirable monumento terminado en 984 y destruido en 1794, del que se encuentran aun restos de columnas, bases, fragmentos de cornisa, etc., etc., en los jardines y casas de Prades; la iglesia de Cornelia y la de Villafranca que merecen llamar la atención; Villafranca, pequeña plaza fuerte sobre la cual Luis XIV mandó construir un castillo para dominar los caminos de Francia y España, así como la garganta que conduce al Canigu.

En la montaña opuesta se encuentra la Cava Bastera, caverna muy grande que tiene una escalera de 132 escalones. La puerta está en los fosos del pueblo. En ella se ve lo que en todas las grutas; estalactitas y estalagmitas con formas extrañas; la imaginación del pueblo las da los nombres de objetos de arte. Aquí, verbigracia, se ve un órgano y con un poco de buena voluntad se puede ver también al organista.

Las minas de hierro y de cobre de las cercanías constituyen objetos de paseo. Las ruinas del monasterio de San Martín del Canigu son visitadas por todos los bañistas.

La ascension á la cumbre del Canigu no es ménos interesante: su altura es de 2,832 metros sobre el nivel del mar; su aspecto es majestuoso; sobresale de la cadena de los Pirineos y se halla á 40 kilómetros de distancia del Mediterráneo. A pesar de su altura, se llega sin peligro á la cumbre. Cuando se ha llegado á ese alto observatorio, con tal de que el tiempo sea favorable, es difícil no experimentar esas emociones que producen siempre los cuadros imponentes. En tanto que el explorador distingue á sus piés negros abismos, terribles precipicios y los eternos ventisqueros de la montaña, ve desarrollarse por todas partes un inmenso horizonte donde figuran en un admirable panorama cuyo segundo término es el Mediterráneo, las playas del Ampurdán, los campos de la Cataluña, una larga serie de montañas, las vastas llanuras del Rosillon, y en lontananza, en un radio de mas de 100 leguas, las partes mas descubiertas de muchos departamentos meridionales de la Francia.

A. D.

LA MUJER.

(FRAGMENTOS.)

PARA EL ÁLBUM DE M^{lle} M. H.

For contemplation he and valour form'd,
For softness she and sweet attractive grace,
He for God only, she for God and him.

MILTON'S. — *Paradise Lost*.

The world was sad! — The garden was a wild!
And man, the hermit, sigh'd till woman smiled.

CAMPBELL'S. — *Pleasure of Hope*.

Oh woman! whose form and whose soul
Are the spell and the light of each path we pursue!
Whether sunn'd in the tropics, or chill'd at the pole,
If woman be there, there is happiness too!

MOORE.

I.

Las flores en sus tallos ya se mecen,
Con su perfume el aire se embalsama,
Sobre su cáliz plácido derrama
Su vivifica luz el almo sol;
Gorgean en los bosques ruseñores,
Las mariposas pueblan la floresta,
La activa abeja su panal apresta,
En la fuente refleja el arbol.

Contrastan con los valles dilatados
Las erguidas, altísimas montañas,
Y con las voces de su sima, extrañas,
Del céfiro y las brisas dulce voz;
El cedro corpulento se levanta
Al lado del moral ralo y enano;
Su vuelo ensaya el colibrí liviano, —
Lánzase al aire el águila veloz.

Luz y perfumes — cantos armoniosos;
Flores y palmas — aves hechiceras;
Tupidos bosques — fuentes mil parleras;
Sabrosas frutas — clima encantador: —
Eso — mas que todo eso: la inocencia,
Del hombre en el Eden era su dote;
Mas con nada gozaba; triste lote
Era para él el mundo, sin amor!

Amaba sin saberlo — mas amaba;
Y sin saber de qué — de amor sufría;
¿A quién amaba? Méno comprendía;
Bello era lo que amaba: su ideal.
El Padre que miraba sus congojas,
Completó bondadoso su ventura:
Compañera le dió — serena, pura,
De gracias llena, dulce, angelical.

Y el hombre, al verla, la adoró rendido,
Y al brillo de sus ojos seductores
Todo lo vió con plácidos colores,
Y entónces fué feliz en el Eden.

Pronto cayó! Mas si el Eden cerróse,
Quedó la mujer — su dulce encanto,
Que si le fué motivo de quebranto,
Prenda de redencion le fué también!

Caidos ya, se amaron cual se amaban
En las horas felices de inocencia,
Y en adelante el bien de la existencia
Fué la dulce, bellísima mujer;

Y el hombre, que en edénicos jardines
En medio de las flores suspiraba, —
Mas tarde, entre malezas, cantos daba
Al dueño de su alma y de su sér!

II.

Mas pura que la gota de rocío
Que guarda entre su cáliz bella flor;
Hermosa cual las rosas del estío, —
Serena cual de Mayo puro albor: —
Hermosa es la mujer, serena, pura,
Para el hombre en el valle de dolor: —
Con su sonrisa goza de ventura,
Con su mirada incéndiase de amor.

Mas grata que las brisas del verano,
Mas dulce que el perfume del jazmin;
Seductora cual cántico lejano,
Amante como tierno colorin: —
Seduca, encanta, aplaca y enamora,
Y es para el hombre — impulso, móvil, fin;
Por sus gracias es Maga encantadora, —
Por su virtud, ardiente serafin!

III.

Tímida cual gacela del desierto,
Lánguida como el rayo de la luna:
Al hombre busca en su camino incierto,
Y ella, en cambio, protégelo en la cuna.
Delicada cual tierna sensitiva,
Sin fuerza como el junco y la palmera:
El rayo puro del amor la activa,
Y al blando soplo del amor impera.

IV.

Vedla allí — suspirando, entristecida,
Su frente inclina cual doliente sauce:
Abierto está de lágrimas el cauce,
Y el llanto inunda su preciosa faz;
Su sonrisa arrebatada y enamora.
Pero su llanto el corazón conmueve: —
Fuérale al hombre sacrificio leve,
Por detenerlo, renunciar su paz.

La paz, la dicha, la existencia misma,
El hombre presuroso trocaria,
Por volver á una bella la alegría,
Su calma, su esperanza, su ilusion:
Que no hay lenguaje alguno tan sublime
Como el sublime femenino llanto, —
Porque él es triste cual marino canto,
Y habla á la vez al alma, al corazón!

V.

Radiante está su faz — su frente pura
Al par revela su contento y calma;
En sus ojos purísimos el alma
Se exhibe hermosa, llena de candor;
Dulce inflexión sus labios coralinos
Toman — viene gratisima sonrisa
La vida á embellecer; cual blanda brisa
Su acento halaga, acento encantador.

Hechiza su mirada y enagena;
Al rayo de sus ojos seductores
Se alejan los pesares y dolores,
Cual ante el sol las nubes vense huir;
Sus palabras agitan, electrizan;
A los cielos transporta su inocencia;
Son sus gracias el bien de la existencia:
Flor del presente — luz del porvenir.

VI.

Una mujer! Compendio de ventura,
Conjunto de ilusiones y de ensueños;
Gentil Madona, vierte sus beleños
Para adormir las penas del mortal:
Vaso de aromas, caja de armonías;
Retrato fiel de plácida esperanza,
Al hombre que desmaya, en lontananza,
Le recuerda la Patria celestial.

Una mujer! La mas cumplida hechura
Del que crió la luz y las estrellas;
Motor del bien; de las acciones bellas
Activa fuente; arca de virtud.

Por ella idealizan los pintores, —
Alza por ella cantes el poeta, —
Por ella lucha el ardoroso atleta;
Ella da al corazón — vigor, salud.

Una mujer! La dulce, bella amiga,
Que en las horas aciagas nos consuela;
Luz que alumbra la playa donde vuela
El corazón que el mundo desgarró!
Una mujer! Amiga, hermana, esposa,
Siempre bálsamo vierte en nuestra herida;
Y en el constante engaño de la vida,
Ella jamás en el dolor mintió.

Una mujer! Tesoro de dulzuras,
De hermosas luces rayo refulgente,
De nuestra vida regalada fuente,
Palma de nuestro tórrido arenal, —
Estrella de los mares que cruzamos
A impulsos de las olas encrespadas,
Brisa que en nuestras velas desplegadas
Blanda sopla tras crudo vendabal!

VII.

La mujer! No es la amiga; hermana, esposa
Nuestro hechizo mayor y nuestro encanto:
Existe un nombre delicioso, santo,
Bendito de los cielos y de Dios:
MADRE! Lo dice todo aqueste nombre
Primero que pronuncia el tierno infante;
Mas dulce que la miel; cual sol radiante,
Y á cuya luz el alma sigue en pos.

Centro de amor, emblema de ventura,
De goces y caricias clara fuente;
Blanca vision, que la primer simiente
De virtud inculca al corazón.
Sublime directora y consejera,
De ella aprendemos la primer plegaria;
Y á elevar nuestra alma solitaria
Hasta el cielo con fé y adoracion.

Cuando llegan las horas de infortunio,
Y el mar de las pasiones ruje airado,
Batiendo nuestro barco descarriado,
Sin jarcias, ni timen, ni capitan: —
Viene la madre y nos dirige experta,
De salvacion á la bendita orilla,
Donde el fanal de la esperanza brilla,
Donde su luz y su consuelo están.

El mismo Dios halló tan grato el nombre
De madre, que á los hombres embelesa,
Que, por prenda de amor, el Verbo en hombre,
En MARÍA, la Virgen, encarnó!
Si eres, mujer, hechizo de la vida,
Eres gala también allá en la Altura:
Del Eden nos perdiste la ventura, —
Mas excelso misterio en tí se obró!

VIII.

¿Quién que te vé, Matilde seductora,
No alzara á la mujer su dulce canto?
¿Quién viera de tus ojos el encanto,
Sin pulsar entusiasta su laud?
Tus hechizos, Matilde, me inspiraron;
En tí miré de la mujer la esencia:
Gaya flor que perfuma la existencia, —
Iris de paz, emblema de virtud.

Quisiste que en la página primera
De tu álbum mis versos estampara:
Un poeta tal honra ambicionara: —
¡Oh, si tuviera mi alma inspiracion!
Mas yo que canto solo mis pesares,
A quien negara el cielo la armonía:
En vano dedicaría intentaria,
Digna de tí armónica cancion!

Mandaste — obedecí: tal es mi excusa.
Luego vendrán los dulces ruseñores
A ensalzar tus encantos, tus primores,
Tus gracias y ese tu aire tan gentil;
Si comparas entónces, piensa solo
Que tras los vientos del Enero frio,
Es mas dulce escuchar en el estío
El jilguero que trina en el pensil!...

Abril, 1856.

J. M. TORRES CAICEDO.

LA MORALIDAD

CONSIDERADA COMO REMEDIO CONTRA LA MISERIA.

La primera fuerza que tiene el hombre en sí mismo para combatir la miseria es la moralidad. No vamos á escribir aquí el libro de sus deberes. Sin embargo no seria estéril tampoco el trabajo del que se ocupase en ponerlos al alcance de las clases cuya educacion moral es mas descuidada; porque todos los deberes son otros tantos frenos que reprimen nuestros de-

seos desordenados, porque todos nos inclinan á poner poca estimación en los gozes de la vida, porque todos nos acostumbramos á la parquedad y á la templanza; y es mas rico, sin duda, el que con cortos medios tiene limitadísimas necesidades, que el Cresó para quien los apetitos se engendran unos en el seno de otros sin interrupción.

Mas todavía. Haced esclavos voluntarios de la ley del deber, y á vuestro lado subirán y bajarán las corrientes de los acontecimientos, sin que zozobreis á las violentas oleadas de su inmenso piélago, sin que os hagan vacilar las eventualidades de la vida social. La conciencia del deber, al mismo tiempo que os dará la fortaleza de la roca, solo salpicada en su aguda cima por la espuma de los mares, os dará sosiego al ánimo y salud al cuerpo, mientras que os sumiréis sin ella en el desaliento y el dolor. Es ella la primera y mas poderosa de las fuerzas morales puestas por Dios á la disposición del hombre para luchar en los combates de la vida; y no flaquea en ningún tiempo esta fuerza, no es inútil tampoco en ningún tiempo, ni aun para poner remedio ó llevar consuelos á la indigencia mas espantosa.

Pero no es la moralidad del hombre en todas las esferas en que este se mueve, la á que nos queremos referir. No es la moralidad del hombre público ó privado, no es la moralidad del célibe, ó del casado, del que tiene hijos ó del que contempla aun las blancas canas de su padre; no es la moralidad del que vive una vida modesta, oscura y de familia ó del que por su profesion vive una vida de acción, y de espansion, de publicidad la que queremos indicar como preservativo especial de la miseria. La moralidad á que queremos referirnos es la del hombre y la mujer en todas las condiciones, en todas las edades, en todas las épocas de su vida; la moralidad que le hace parco en sus necesidades, refrenado en sus pasiones, en sus determinaciones prudente, infatigable en el tratado, previsor en la satisfaccion de sus deseos, fuerte con la resignacion en los dias de sus adversidades; es la moralidad que le señala la línea de conducta como buen padre de familia y miembro digno de la sociedad en que vive.

Y es esta moralidad la que ejerce una influencia poderosísima ya en el bienestar, ya en la miseria del hombre. Porque con ella se estrecha el círculo de sus necesidades, y sin ella se agranda indefinidamente este círculo. Con ella conserva el hombre todas sus fuerzas para el trabajo, las físicas y las intelectuales, y sin ella las debilita y empobrece. Con ella emplea el hombre todas sus fuerzas morales á un solo fin, la conservación de su propia dignidad y la de la familia de que es jefe, y sin ella las malgasta hasta parar á la decadencia moral y aun á su propio envilecimiento. Con ella enriquece á los seres á quienes debe con el alimento del cuerpo el alimento del alma, para que puedan vivir despues en un bienestar, tal vez modesto pero confiado al menos á sus propias fuerzas, y sin ella lega á la corta generacion que ha crecido en su hogar y en la que se ha reflejado con todos sus instintos el germen del malestar y del descontento, la ambicion de los gozes mundanales con la impotencia para dominarla ó satisfacerla.

Así es que entregado el hombre al vicio, que entregado al juego, al libertinaje, á la orgía de los festines ve crecer sus necesidades como crece en su flujo el Océano. El mayor enemigo de tu bolsillo, se ha dicho, es la mujer liviana; y como ella son enemigos de la tranquilidad y de las riquezas del hombre el verde tapete sobre que se inclinan las lívidas frentes de los jugadores, y la opípara mesa en torno de la que se agrupan los falsos amigos en alegre bacanal. El vicio abre á los piés del hombre tres abismos sin fondo de los que se levantan incesantemente nuevas irritantes necesidades; y ellas llevan de la abundancia á la escasez, de la virilidad robusta á una decrepitud prematura, de la salud á las dolencias, mientras que el morigerado en sus costumbres, el que no niega satisfaccion á sus necesidades verdaderas, pero que cierra la entrada á las ficticias, el que no busca deleitosas sensaciones sino fruiciones honestas y moderadas, aun cuando no siempre vea acrecer su fortuna, conserva entera la heredada de sus padres, y la lega á la hora de su muerte á sus hijos con la tranquila esperanza de que en ella está asegurado su bienestar.

Así es que el que ve despeñarse su voluntad por la pendiente en que le empujan sus pasiones, presa siempre de sus iras, gastadas las fuerzas por su ruda tirantez, flaco al fin para domeñarlas y hacerlas esclavas, pierde la robustez de su cuerpo y la robustez de su alma; y como el vicioso, vegeta valetudinariamente sin vigor en sus miembros ni energia en su alma para consagrarse al trabajo y resistir las privaciones; y esto al lado del que habiendo puesto dique al torrente de esas mismas pasiones, siempre violentas en la edad primera y siempre osadas si la voluntad obediente á la razon no las enfrena, revela en su ancianidad con su elevada frente y con la serenidad de su mirada que, así como es digno de sí mismo porque fué vencedor en la lucha que sostuvo con esas pasiones, aun con las que no arrastran á la torpeza del vicio, puede mirar en torno suyo y encontrar en los dias juveniles las huellas de su trabajo, y en su decrepitud el fruto de los consejos de su experiencia viendo asegurado su bienestar y el de sus hijos.

Así es que el hombre que sin haberse dejado sojuzgar por fuertes pasiones y sin haberse embrutecido en el vicio, no sacrificó sin embargo parte del presente al porvenir, el fácil é ilimitado contentamiento de sus necesidades á una satisfaccion mas parca y circunscrita, que se abandonó á la imprevision gastando en su moce-

dad lo que podia necesitar en su vejez, disipando en el lujo lo que podia serle útil en una de esas épocas críticas y azarosas que atraviesan los pueblos y que son azotes funestos para los individuos, aumentando sus obligaciones con un matrimonio prematuro antes de poseer una modesta fortuna que compartir dignamente con su compañera y con sus hijos, este hombre terminará su existencia en la miseria, despues de haber languidecido en el sufrimiento moral de comparar durante largos años el halagüeño dia de ayer con el tristísimo dia presente; y al mismo tiempo acibarará su existencia el tierno espectáculo del que verá su mesa abundantemente provista de blanco lino y suave lana sus vestidos, y ardiendo viva lumbre en la chimenea de su casa, en el frio invierno de sus años, aun para él agradables en compañía de dos ó tres generaciones de sus descendientes; y esto, solo porque en su juventud negó satisfaccion mas de un deseo, se condenó á mas de una privacion voluntaria, no ofreció su amor á una mujer hasta que pudo ofrecerle tambien una mediana fortuna, y no quiso oír el primer embelesador vagido de su hijo hasta que pudo exclamar: jugarás mientras seas niño á la sombra de este árbol que es de tu padre, é irás á apoyarte en su tronco que ya será tuyo, cuando necesites reposo en tu vejez.

Y así es que vivirá en la miseria tambien, sin poder desprenderse de sus brazos, el hombre que en la hora de las adversidades, abandonado á la desesperacion no tenga fuerzas sino para la blasfemia; el que en lugar de la esperanza, se entregue al escepticismo; al paso que tarde ó temprano, en mayor ó menor grado recobrará su bienestar el que tuvo resignacion para la desgracia, fé en Dios para confiar en su providencia, temor en su conciencia de sumirse en una indolencia vergonzosa, y energia en su voluntad para luchar, hasta triunfar ó sucumbir, con los azares de la vida.

Véase, pues, como la moralidad es un remedio de la miseria.

D. y B.

Revista de la Moda.

SUMARIO. — El capricho está á la órden del dia en el vestir. — Se lleva lo que se quiere. — Sobre el lujo de un elegante. — Fotografía de un jóven á la moda. — De dónde proviene la decadencia de los buenos modales. — Los sombreros anchos. — Explotacion del traje campestre. — Una berlina de viaje, un velo de color de castaña y un gentleman inglés. — Los elegantes de ambos sexos se visten de la misma manera. — Las modas actuales son todas inglesas. — De los nuevos chalecos y pantalones. — Descripción del figurin de este número que representa tres trajes de primavera.

Las modas masculinas se hallan dominadas tambien por el capricho. Cada elegante lleva, digámoslo así, lo que le gusta. Hasta ahora no se conocen trajes serios que constituyan escuela y sean de los entre los jóvenes del dia. Se llevan indiferentemente fracs y levitas cruzadas á voluntad sobre el pecho segun los caprichos de la temperatura de primavera. Cuando los señores elegantes abandonen los sobretodos y paletós fuerza será que adopten vestidos de verano frescos y ligeros. La moda masculina es algo mas limitada que la moda femenina. Exceptuando el chaleco que puede cambiarse todos los dias en chaleco nuevo y la corbata, no hay medio de adornar un frac ó una levita como nosotras ilustramos nuestros vestidos y nuestros sombreros. El lujo de un jóven consiste en su camisa, en sus corbatas, sus bastones, sus guantes, su calzado, y en esas mil fruslerías de adorno que atestiguan que el hombre tiene tiempo y fortuna para engalanarse como una señora. El hombre positivo no lleva nunca alhajas. Solo hay dos clases de hombres elegantes que llevan oro y pedrerías; los extranjeros ricos y los jóvenes á la moda.

Un jóven á la moda es un tipo: para estudiarle hay que verle en la Marche, en Berny, en Longchamps, en el concierto Musard y en todas las solemnidades dramáticas de la elegancia. Lleva las actualidades mas atrevidas, los pantalones mas originales, las corbatas mas caprichosas; tiene un modo particular de llevar el baston; su chaleco de seda estampada ó jaspeada dibuja su cuerpo de finos contornos, como si fuera un corsé de mujer; su fisonomía pálida y melancólica, va salpicada de polvillo de arroz, y sus cabellos van partidos en medio de la cabeza con una raya fina y ondulada que da á su rostro un cierto aire afeminado. Un jóven á la moda hace gala de mala educacion y tiene un lenguaje que le es propio; se pasea como un conquistador, fumando desdenosamente un rico cigarro de la Habana, y jamás su lente abandona su ojo izquierdo. Es de supremo buen tono aparentar mala vista y no abrir los ojos para ver bien. De esto resulta que un jóven á la moda mira á una mujer en un teatro, en un salon ó en un carruaje solo á dos pasos de distancia. Lo que en otro tiempo se consideraba como una insolencia grosera hoy se recibe y se acepta.

El frac negro es la causa de esta decadencia de la buena educacion y de los buenos modales de nuestros abuelos. Cuando se lleva un sombrero de copa alta ningún hombre puede conducirse como un gran señor. Es verdad que sobre todo en el verano se quieren llevar sombreros redondos de fieltro ó de paja, pero desgraciadamente todos los aguadores los gastan así y la juventud dorada no quiere parecerse á esos buenos ciudadanos. No obstante en el campo el sombrero de fieltro de color y el Panamá tienen buena acogida

entre los jóvenes. Pero es preciso que el vestido sea casi como el de los pastores de Florian; la ropa debe ser de piqué blanco ó de hilo ceniciento, la corbata azul de China, cereza, malva ó hoja de rosa.

Algunos industriales explotan durante el estío este traje campestre y se dan el tono de grandes señores de aldea, permaneciendo simplemente en sus casas de Paris. Se pasean con pantalon, casaquilla y chaleco de piqué blanco y devuelven visitas, excusándose, por decirlo así, de presentarse como de vecindad. Pero Auteuil, Saint-Cloud, Saint-Germain son casi arrabales de Paris; en uno de esos puntos tienen una posesion deliciosa; salen por la mañana á sus negocios; casi nunca están en casa, pero el campo tiene encantos irresistibles á las cuatro de la mañana. Se asiste á la salida del sol, al tocado de la aurora y de las flores, pero nadie tiene la tentacion de ir á visitar á todos esos seres virtuosos que ven los primeros rayos de la aurora. Ese traje de piqué es sumamente económico. Todos los cocineros se visten de ese modo. Pido mil perdones á los señoritos del dia por esta crítica, pero la merecen y si no veamos:

En las últimas carreras de la Marche acaeció un lance muy divertido de cuya autenticidad respondo. En una berlina de viaje bastante grande, con un tiro de cuatro caballos y el correspondiente postillon, iban amontonados hombres y mujeres en traje propio de la circunstancia, todas personas del mundo elegante. Seguía de cerca á la berlina un gentleman inglés que habia creído distinguir y reconocer bajo un velo de gasa color de castaña la rubia cabeza de una bailarina de la Opera. El gentleman que montaba un soberbio caballo y llevaba detrás un criado dorado como un ascua de oro, penetró en el recinto de las carreras al mismo tiempo que la berlina, y se acercó lo bastante al velo de gasa para pronunciar algunas palabras amorosas en inglés que fueron recibidas con una fuerte carcajada. Sin embargo, como el gentleman no se alejaba, cayó el velo, y con asombro del enamorado inglés, apareció un rostro imberbe, sin ninguna apariencia de bigotes ni patillas sin duda, pero en fin, un rostro masculino. — Cualquiera se engañaría como el inglés, pues los elegantes y las elegantes llevan casi las mismas levitas, el mismo sombrero rodeado de un velo, y cuando las piernas van cubiertas, es imposible distinguir las faldas de los pantalones.

Por fortuna llega ya el verano y las hermosas damas van á reemplazar la levita de edredon y de maletón con la levita de tafetan adornada de volantes y encajes. Las modas son muy variadas para poder enumerarlas todas.

El frac á la inglesa se lleva mucho. Es un frac cortado para una sola hilera de botones, y sin embargo, los hay que llevan dos: la moda admite ambas formas. Ciertos fracs á la inglesa llevan bolsillos al sesgo de los faldones cubiertos con carteras; estos son principalmente para montar á caballo. Las levitas á la inglesa se hallan tambien muy en favor: decididamente la moda se inspira en Inglaterra. Las levitas se hacen como los fracs con una y con dos hileras de botones.

Para por la mañana y para las visitas de dia, los elegantes prefieren la levita cruzada, mezclilla cenicienta y negra con dos hileras de botones, pero abierta para que se vea un bonito chaleco. Tambien se llevan levitas derechas, pero en escaso número. La diferencia de esas dos prendas proviene de la forma que es ménos ajustada.

Los chalecos se hacen casi todos de chal de tela estampada, jaspeada y de cuadros, mezclilla de seda y de lana. Hoy los dibujos de chalecos y pantalones son muy sencillos: consisten en cuadros y rayados, color sobre color.

Nuestro figurin de este número representa tres trajes de primavera copiados en la Marche.

El primero se compone de una esclavina, cortada en forma de paletó saco de satin ligero, mezclilla bronce. Sin ser muy ancha esta forma sienta bien. El interior va forrado de seda y el delantero solo se abotona con tres botones. Debajo se lleva una levita y un chaleco de fantasía. En cuanto al pantalon es de una anchura ordinaria, y se lleva con trabillas ó sin ellas; chaleco azul.

El segundo es un traje de dia que se compone de una levita cruzada abotonada con tres botones, de hermoso paño azul; cuello y solapas muy pequeños; talle no muy largo sobre el busto con mangas anchas y bocamangas. Estas no tienen mas de siete centímetros de altura y están puestas redondas sin abertura ninguna. Los faldones caen aplastados; solo llevan el vuelo necesario para que abotonada la levita el paño no forme arrugas en las caderas.

El chaleco es de seda de cuadrillos de pequeño chal subido y de un largo ordinario. Pantalon de satin ceniciento liso de anchura ordinaria y redondo sobre el pié; corbata rosa de China.

El tercero es un traje de aspecto muy distinguido. El frac de paño bronceado está cortado bien suelto sobre el delantero y deja ver el chaleco y la camisa. Por consiguiente las solapas caen muy abajo, sin que por eso sean muy anchas. Los faldones van cortados derechos sobre el delantero; las mangas llevan bocamangas de seis centímetros de altura, con dos botones. Estas mangas que tienen una abertura de unos quince centímetros, no puede decirse que sean estrechas, pero en ellas se ve ya una disminucion notable. El chaleco es de popelina de seda color de paja con chal muy abierto, pues solo lleva puestos tres botones. Su largo por abajo es igual al de los delanteros del frac. — Pantalon de satin ceniciento adornado en las costuras exteriores con una doble lista en forma de banda. Corbata azul; sombrero Jockey-Club, baston de ballena con puño de oro y pedrerías.

El mes próximo los trajes de verano se hallarán en todo su esplendor, y entonces hablaré de las novedades, si novedades hay.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La iglesia de Nuestra Señora del Buen Socorro cerca de Ruan.

A tres kilómetros de Ruan en una de las montañas que forman en la orilla derecha del Sena una especie de vasto festón, se elevaba una capilla que extendía la fama no solo en aquellos contornos sino muy á lo lejos en el mundo católico.

El origen de esta capilla consagrada á la Virgen es muy antiguo, puesto que en los archivos del departamento del Sena inferior existe un documento que prueba que fué dada en 1205 á los religiosos del priorato de *Saint-Ló* por Gautier llamado el Magnífico, arzobispo de Ruan. De otro documento se desprende que fué iglesia parroquial en 1301. Desde entonces muchos peregrinos fueron á implorar allí la protección de Nuestra Santísima Virgen llevándola sus ofrendas; el templo estaba lleno de una inmensa cantidad de *ex-voto* en acciones de gracias por sus milagros; consistían en cuadros, imágenes, figuritas, modelos de barcos, inscripciones pintadas ó grabadas en madera y en mármol, etc. Notábase sobre todo una colección de muletas que habían dedicado á su celeste protectora los paralíticos y otros enfermos que despues de haberse arrastrado con mucho trabajo hasta su altar recobraron de repente el uso de sus miembros. También se veían muchos modelos de brazos y de piernas, de madera, de yeso ó de cera que colgaban de las paredes y de los pilares para perpetuar el recuerdo de curas milagrosas.

Pero como esta capilla llegó á estar ruinososa, y como además era muy pequeña para el gran concurso de los fieles, el señor cura que tomó posesion en 1838, concibió el proyecto de reemplazarla por otra mas espaciosa, y principió la obra con los escasos recursos de su fortuna. Su celo, su perseverancia ejemplar y su palabra persuasiva supieron excitar la generosidad de los ricos y provocar los donativos de los que no lo eran.

Además, para que todo fuera completo tuvo la felicidad de hallar un arquitecto, que añadiendo á la habilidad y á la modestia un desinterés, hoy poco comun, consintiese en trabajar gratuitamente; por eso se dice que la conclusion de la iglesia del Buen Socorro principiada sin ninguna seguridad de continuarla, puede pasar por uno de los mayores milagros de su divina patrona. ¡Honor pues, al señor abate Godfrey, que logró reunir las sumas necesarias para la realizacion de su proyecto, y al arquitecto M. E. *Barthelemy* que se ha conquistado una fama merecida con esta construccion brillante!

La primera piedra del monumento se colocó el 4 de mayo de 1840 por el príncipe de Croi, arzobispo de Ruan, asistido de un clero numeroso, en presencia del prefecto, de muchos funcionarios y magistrados de Ruan y de un inmenso concurso de curiosos y de fieles. La nueva iglesia en breve se elevó en torno de la antigua capilla, en la cual, encerrada así, se siguieron celebrando los officios divinos hasta su demolicion que se efectuó poco á poco á medida que la otra crecía, hasta que el 15 de agosto de 1842 se cantó la primera misa en el nuevo coro.

El estilo del edificio es el ogival primitivo de la época mas pura del siglo XIII; su corte es el de las basílicas antiguas, que se distingue por la elegancia de sus formas, por la buena armonía de sus líneas, por la bien entendida distribucion de sus ornatos y sobre todo por el mérito tan raro y precioso de su unidad perfecta. Toda la construccion es de piedra de sillería; hay cinco puertas, tres en la portada principal y dos



Iglesia de Nuestra Señora del Buen Socorro.— Vista exterior.



Iglesia de Nuestra Señora del Buen Socorro.— Vista interior.

á los lados. La portada está coronada con una torre cuadrada y una aguja que remata en una cruz rodeada en su base de cuatro pirámides caladas; la torre está acompañada de dos torrecillas que encierran las escaleras y que por medio de contra-fuerzas con galería calada comunican con las gruesas pirámides de los ángulos.

Los adornos de hierro de las puertas imitan los que se ven en las de la catedral de París. Tres escalones de piedra hay que subir para entrar en la iglesia. De allí volviéndose, se distingue á 150 metros el Sena bañando anchas praderas y serpenteando por un inmenso territorio cercado al Mediodía y al Norte por una cadena de colinas elevadas que parecen reunirse al Oeste enfrente del edificio, y forman así un semicírculo de 20 kilómetros de radio cuyo centro ocupa la nueva iglesia; es uno de los mejores puntos de vista de la Normandía.

Todas las esculturas de la fachada fueron confiadas al inteligente M. J. Duseigneur de París. El estudio detenido de la estatuaria de la edad media puso á este artista en posicion de justificar la confianza que le habia sido acordada, las figuras de los cuatro evangelistas adornan el frente principal del cuerpo cuadrado; en medio está la imagen de la Virgen con el niño Jesus; todas estas figuras tienen el carácter de la época.

El interior de la iglesia ofrece una nave principal y dos laterales; veinte columnas sostienen una bóveda de piedra. Coronadas de chapiteles ricamente esculpidos esas columnas dejan penetrar la vista por todas las partes del edificio; la bóveda está adornada de rosas esculpidas de un dibujo variado. El coro compuesto de tres galerías y cerrado por una verja está guarnecido con dos hileras de asientos.

El santuario elevado de tres escalones sobre el coro, se halla adornado con hermosas pinturas donde se representan asuntos relativos al sacrificio de la Eucaristía. El altar mayor se halla ricamente esculpido; el retablo termina á cada extremidad por una pirámide calada. En el centro el tabernáculo está adornado por un dosel destinado á la exposicion del Santo Sacramento.

Las ventanas están de dos en dos: el edificio cuenta veintinueve sobre cada lado, cinco para el santuario, dos rosetones sobre los altares pequeños y un roseton mayor en la portada; estas cuarenta y ocho aberturas tienen vidrieras pintadas procedentes de la fábrica de Choisy-le-Roi. Este trabajo particular ha sido especialmente preparado y dirigido por los cuidados del artista notable á quien la Francia y las artes deben la magnífica publicacion de las vidrieras de la catedral de Bourges. A pesar de sus muchas ocupaciones, el señor abate Martin quiso dibujar él mismo los variados adornos de las veinte ventanas de las alas inferiores y del roseton de la portada.

El tímpano principal, las columnas, las vidrieras y en fin casi todas las partes de la iglesia tienen cada una un donador; testas coronadas, prebostes, pares de Francia, diputados, generales, etc., se apresuraron á inscribir sus nombres en la lista de suscripcion, donde figuran tambien las limosnas mas modestas, y que se conserva preciosamente en los archivos de esa iglesia.

Terminaremos esta noticia por la indicacion de las medidas de algunas partes del edificio; la portada es ancha de 21 metros 60 centímetros; la torre, de forma piramidal tiene 30 metros de altura; el largo total de la iglesia es de 44 metros y la anchura de 17 metros.